

POR QUÉ SE VAN?
LA EMIGRACIÓN DE SALVADOREÑOS A LOS ESTADOS UNIDOS

INDICE

Introducción

1. Exodo salvadoreño a los EE.UU

1.1. Estadística de los "incontables"

1.2. Características sociodemográficas

1.3. Teoría e investigación de la migración: ¿por qué se van?: Factores que empujan y atraen al *homo oeconomicus*

1.4. Investigación estructural de la migración

1.5. Reestructuración económica global y modificación de los mercados de trabajo

1.6. Mercados de trabajo excluyentes y absorbentes: complementariedad de la demanda y la oferta de fuerza de trabajo:

“Liberalización” de la mano de obra en El Salvador

Economía cafetalera y la sustitución de importaciones

2. Los Migrantes salvadoreños en Estados Unidos

2.1. Guerra y Catástrofe Económica

2.2. Postguerra y neoliberalismo

2.3. La demanda de fuerza de trabajo inmigrante en los EE.UU

2.4. Los salvadoreños como capa baja urbana

2.5. Política de los EE.UU. para refugiados e inmigrantes

2.6. Consolidación del sistema transnacional de migración El Salvador-EE.UU.

Redes de solidaridad salvadoreñas

Comunidades Centroamericanas

2.7. Transnacionalización del espacio social: El Salvador.-EE.UU

Resumen

Bibliografía

Introducción

El texto que aquí reproducimos es una versión abreviada de la tesis de graduación sobre el tema "La migración de El Salvador y México a los EE.UU.", que el autor presentó en el Instituto de Sociología de la Universidad de Hannover (Alemania) en 1997. Para esta publicación, por una parte, el texto original se revisó y amplió en lo necesario, mientras que por la otra, se redujo a lo atinente al movimiento migratorio salvadoreño.

La emigración de El Salvador no comienza en los años 80, período en el cual el conflicto armado se convierte en guerra civil y se establece un éxodo masivo de la población de ese país. En el contexto de los procesos de modernización de la economía de El Salvador, dicha población se había movilizado en volúmenes considerables, a tal grado que bien se puede hablar de una "tradicón migratoria salvadoreña" (Montes). La ampliación de las relaciones de producción capitalistas, ante todo la extensión de las plantaciones de café para la exportación, obligó a que una porción de la población salvadoreña abandonara sus sitios de asentamiento, para tratar de comenzar, en condiciones difíciles, una nueva vida en otros lugares del pequeño país. Otra parte de la mano de obra fue atraída por las posibilidades de trabajo en el extranjero, p.e. en las plantaciones bananeras en Honduras o en las obras de construcción del Canal de Panamá. De esa manera podemos sostener que para los salvadoreños y salvadoreñas los modelos de migración laboral, estacionales o permanentes, nacionales e internacionales, no constituyen experiencias novedosas.

No obstante, el éxodo masivo de salvadoreños en los años 80 no fue ni cuantitativa ni cualitativamente comparable a los movimientos migratorios precedentes. Los modelos de migración laboral establecidos quedaron repentinamente desbordados por una migración de refugiados que se proyectó en diversas direcciones. En esos años se dieron tres movimientos de refugiados muy diferentes en su composición:

1. El movimiento de refugiados en el interior de las fronteras nacionales de El Salvador. En este caso se trató de los así llamados "desplazados", cuya cantidad a mediados de los años 80 se calculaba en unos 500 000 (Montes 1985: 35-40, 80-83; Sollis 1992: 49/50; Hamilton/Chinchilla 1991: 96/97).
2. El movimiento de refugiados individuales y en grupo que huían de las regiones donde se combatía, buscando seguridad en los Estados centroamericanos, tales como Honduras, Nicaragua, Panamá y Guatemala, así como también en México.
3. Un tercer movimiento de refugiados que, hasta el momento, se ha convertido en el movimiento migratorio más grande de todos: la emigración masiva hacia los EE.UU. En la actualidad entre una sexta y una quinta parte de la población salvadoreña vive en los Estados Unidos. Precisamente el objetivo de la presente publicación es la de describir el marco de condiciones en que se ha dado esta migración, así como las condiciones legales, económicas y sociales en que se encuentran los migrantes. Si bien en el capítulo 1 se presenta una especie de inventario empírico del éxodo de los salvadoreños hacia los EE.UU., como el mismo título del libro lo indica, de lo que se trata ante todo es de encontrar la motivación que impulsa a los salvadoreños a emigrar.

Sin embargo la pregunta ¿por qué se van? no se puede responder con tanta facilidad, como lo hacía suponer la guerra civil que se extendió durante los años 80. La separación esquemática y muchas veces confusa entre refugiados y migrantes laborales resulta inútil, cosa que se pone particularmente de manifiesto cuando los propios afectados toman la palabra. En un estudio realizado hace cinco años, la mayor parte de los entrevistados adujo tanto causas políticas como económicas para explicar el porqué de su emigración (Menjívar 1993: 360). Por esa razón, en este trabajo se entenderá la migración salvadoreña como un fenómeno unitario, sin subdividirlo de modo artificial en una migración de refugiados y otra de buscadores de trabajo. Asimismo, la guerra se interpretará como un impulso social totalizador, que produjo en muy corto tiempo la movilización de una parte grande de la población salvadoreña, reforzando su disposición a abandonar el país. La suposición de que los salvadoreños en los EE.UU. eran refugiados de guerra, dispuestos a regresar a su patria tan pronto como cesara el conflicto armado, ha resultado ser falsa. Se ha hecho de sobra evidente que la gran mayoría de los salvadoreños que llegaron a los EE.UU. en los años 80, querían permanecer en ese país después de 1992, año en que se firmaron los acuerdos de paz.

En la mayor parte de las indagaciones que se hacen sobre las causas que provocan las migraciones, las discusiones de los investigadores prescinden del contexto y son ahistóricas. Tanto los factores objetivos que coadyuvan a la formación de los procesos migratorios -la pobreza y el desempleo en los países de donde proceden los migrantes-, como la forma determinista en que dichos factores se transforman en decisiones individuales de emigrar, se elevan al rango de fenómenos cuasinaturales. Se les substantializa y por tanto no se les tiene en cuenta lo suficiente en el momento de explicar los procesos migratorios. Para comprender de mejor manera el surgimiento de las migraciones internacionales, se vuelve necesario analizar la función y los patrones de los procesos migratorios individuales en el contexto de las estructuras del sistema capitalista mundial, y ante todo, en las del "mercado mundial de fuerza de trabajo (mano de obra)" (Potts 1988). De manera particular, la migración laboral a escala internacional, prototipo de las emigraciones en las sociedades modernas (Treibel 1990), se encuentra en una relación funcional inmediata con el modelo de acumulación dominante en cada época. Desde comienzos de los años 70, éste ha experimentado un entretrejimiento creciente de las relaciones de producción, la llamada "globalización", lo cual ha modificado la demanda de la fuerza de trabajo. La migración laboral se debe estudiar y comprender de cara a la demanda de mano de obra en los Estados receptores, demanda que a pesar de su reestructuración y del desempleo masivo, sigue existiendo y creando "nuevos contingentes de obreros en el lugar indicado y con el nivel de salario más bajo posible" (Wallerstein 1984: 66). En este mismo capítulo, también se hace una aproximación teórica a esta cuestión, tratándose los procesos concretos ocurridos en El Salvador y los Estados Unidos, con el fin de describir tanto la dinámica de desempleo producida por el desarrollo de la economía de exportación salvadoreña, como las modificaciones que la demanda de mano de obra inmigrante ha experimentado en los mercados laborales de la economía reestructurada de los EE.UU.

El capítulo 2 está dedicado a describir e interpretar la política migratoria de los Estados Unidos en los años 80 y 90. Si bien una regulación restrictiva no puede evitar la inmigración como tal, sí puede en cambio influir en las condiciones de vida de los migrantes. Asimismo se debe señalar que en el período considerado, la política migratoria de los EE.UU., caracterizada por una actitud hostil adoptada por grandes sectores de la población contra la inmigración, ha servido para satisfacer cierta demanda específica de fuerza de trabajo.

Además de lo anterior se deben considerar las dinámicas propias que surgen de un movimiento migratorio de relativa duración. El enfoque teórico a partir del sistema mundial, que coloca en primer plano el argumento del mercado de trabajo, se debe complementar con la dimensión social. Tanto las redes de apoyo para los migrantes como los cambios del espacio social que habitan, fueron un resultado inmediato de la migración e impactaron y modificaron su desenvolvimiento ulterior.

1. Exodo salvadoreño a los EE.UU.

Antes de describir en los capítulos siguientes la migración salvadoreña a los EE.UU., en el marco del enfoque estructural, en este capítulo echaremos una ojeada sobre los hechos empíricos de dicha migración. En primer lugar se debe responder a la pregunta de cuántos salvadoreños han participado en esos flujos migratorios en los años 80 y 90. Más adelante se tratará el problema de las características sociodemográficas de los migrantes.

1.1. Estadística de los "incontables"

La descripción del crecimiento cuantitativo de la inmigración salvadoreña en los EE.UU. tropieza con el obstáculo de un material estadístico bastante limitado. Las principales fuentes con validez suprarregional son las "estadísticas anuales de inmigrantes y detenciones" dadas a conocer por el Servicio de Migración de los EE.UU. (Immigration and Naturalization Service, INS), el Censo de los Estados Unidos (el más reciente es de 1990) y una investigación dirigida por Segundo Montes S.J., llevada a cabo por la UCA "José Simeón Cañas", tanto en El Salvador como en los EE.UU., en los años 1986 y 1987. Los datos se pueden complementar con algunas publicaciones científicas estadounidenses, que en lo fundamental abordan el tema de la inmigración en determinadas ciudades (urbes), regiones o Estados federales. El carácter clandestino de los flujos migratorios de El Salvador hacia los EE.UU. durante ese período, dificulta la comprensión global del movimiento. Menjívar (1994: 393) recuerda que las autoridades migratorias de los EE.UU. (INS), consideraron que en los años 80 el 60 por ciento de la totalidad de inmigrantes salvadoreños ingresaron al país en forma irregular. Hasta finales de 1992, el grupo de salvadoreños que vivía de modo irregular en los EE.UU. se calculaba que ascendía a unas 327 000 personas (INS 1996: 179). Según datos suministrados por autoridades de la Oficina del Censo, el total de población de origen salvadoreño que en 1990 vivía en los EE.UU. era de 565 081 personas (Bureau of the Census 1993: 19), cifra que debido a la porción grande de inmigración irregular, se debe estimar como demasiado pequeña (Jonas, Working Paper No. 7, s.a.: 7). De ahí que Jonas llegara a considerar que a mediados de los años 90, en los Estados Unidos vivían entre 1.2 y 1.5 millones de salvadoreños (Jonas, Working Paper No. 7, s.a.: 7). Estos datos coinciden con los resultados del estudio de Montes antes mencionado (1987), en tanto éste último estimaba que ya para el período de 1986/87 debían vivir en ese país cerca de un millón de salvadoreños (Montes 1987: 31-41). Podemos entonces suponer razonablemente que en la segunda mitad de los años 80 en los EE.UU. habían entre 600.000 y 1 millón de salvadoreños.

Como es natural, el volumen estimado de población de origen salvadoreño en los EE.UU., sólo proporciona un indicio indirecto de la evolución del flujo migratorio en los años 80. En ese sentido resulta más sugestiva la determinación de la densidad del flujo. A pesar de que, como lo hemos señalado más arriba, la migración salvadoreña hacia los EE.UU. es en gran parte irregular, vale la pena echarle una mirada a las estadísticas de los inmigrantes "legales". Ponen al descubierto la concentración extrema y el abrupto ascenso de este proceso migratorio.

Entre 1981 y 1990 emigraron 213 539 salvadoreños de manera "legal" hacia los Estados Unidos. De esa manera el 54 por ciento de la inmigración regular de salvadoreños que se dio entre 1820 y 1994, es decir, en los últimos 170 años, corresponde a la década del conflicto militar (INS 1996: 28). De igual modo las estimaciones del Censo de los Estados Unidos de 1990, que no sólo registra a los inmigrantes "legales", sino que pretende abarcar a la totalidad de la población salvadoreña que en la actualidad habita en ese país, confirma que la inmensa mayoría de los salvadoreños nacidos en el extranjero, a saber 345 942 de 458 676, llegaron a los Estados Unidos entre 1980 y 1990 (Bureau of the Census 1993: 20). Asimismo el mencionado estudio de Montes muestra que sólo el 16.7 por ciento de los entrevistados admitieron haber inmigrado a los EE.UU. en el período de 1941 a 1976. El 83.3 por ciento restante arribaron en los años 1977-1987 (Montes 1987: 44). O bien, visto desde la perspectiva del país de procedencia: si entre 1971 y 1978 la tasa anual de emigración era de 4.1 personas por mil habitantes, debido al incremento de la represión en vísperas del estallido propiamente dicho de la guerra, entre 1978 y 1980, dicha tasa ya se había elevado a 16.2 personas por mil habitantes (Hamilton/Chinchilla 1991: 97).

El desglose detallado de la corriente migratoria de los años 80 puede llevarnos con facilidad a especular sin suficiente fundamento, debido a que en lo esencial tendría que hacerse con base en las estadísticas de las "detenciones" proporcionadas por el INS. No obstante en ellas se pueden destacar dos tendencias de suma importancia. El número de salvadoreños detenidos por la policía de frontera norteamericana se elevó de manera significativa a principios de los años 80, de modo paralelo a la creciente militarización del conflicto en El Salvador, y ya en 1981 alcanzó un punto culminante. Después de disminuir durante un corto tiempo, las detenciones se volvieron a incrementar en 1984, coincidiendo con la agudización de las acciones bélicas y el inicio de la estrategia de "tierra quemada" (Jones 1989: 184; Stanley 1987: 135).

Asimismo una vez cesado el conflicto militar las emigraciones hacia los EE.UU. permanecieron en un nivel elevado. Desde hace algún tiempo el éxodo desordenado y espontáneo de los salvadoreños, ha comenzado a institucionalizarse y con ello a volverse permanente. En 1989 se dio la segunda gran ofensiva de la guerrilla y la inmigración de ese año y el siguiente, alcanzó los más altos valores absolutos: 57 878 y 80 173 inmigrantes respectivamente. Luego decreció en forma drástica. Finalmente, en los dos años después de firmados los acuerdos de paz, 1993 y 1994, la emigración anual ha sido de 26 818 y 17 644 personas respectivamente, cantidad que cuando menos corresponde al promedio por año mantenido durante la fase de la guerra civil (INS 1996: 28-31).

1.2. Características sociodemográficas

El movimiento migratorio salvadoreño-estadounidense no sólo ha tenido modificaciones cuantitativas, sino también cualitativas. Si bien antes del conflicto armado la emigración tanto temporal como permanente hacia los EE.UU. estaba reservada para ciertas capas sociales privilegiadas, incluyendo las capas medias altas, en los años 80 se constata que los grupos migrantes abarcan un espectro socioeconómico mucho más extenso (Córdoba 1992: 185; Lipski 1986: 92/93; Hamilton/Chinchilla 1991: 100/101; Menjívar 1994: 375). El conflicto militar condujo a un desarraigo tan amplio de la población, que todas las capas sociales fueron afectadas, si bien con distinta intensidad. Mientras la migración de las capas altas y medias altas se realizaba predominantemente por vías "legales", los salvadoreños de los sectores sociales inferiores ingresaban a los EE.UU. por senderos "ilegales" (Montes 1990: 14).

El análisis diferenciado de la composición migratoria pone al descubierto que el sector marginal urbano ha participado por debajo del nivel promedio. Únicamente el 19.2 por ciento de las familias de ese sector tenían contacto con parientes que vivían en los EE.UU. El promedio de todos los sectores investigados se encuentra cerca del 26.1 por ciento (Montes 1990: 24). Este hecho no es extraño: el financiamiento de la emigración a los EE.UU. constituye un problema para todas las capas sociales medias y bajas. Pero para el sector urbano marginal, que se caracteriza por no disponer sino de lo necesario para sobrevivir, ese problema se convierte en un impedimento todavía mayor.

Mientras Montes (1990) recurre a los niveles de ingresos para formar categorías socioestructurales, en la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo en los EE.UU., el indicador para fijar la posición de los migrantes en el espacio social del país de donde provienen, es el grado de escolaridad o formación alcanzado. Por lo general se ha comprobado que el promedio de los migrantes salvadoreños de los años 80 disponía de un grado de formación más elevado, tanto en comparación con sus compatriotas huidos a los Estados centroamericanos vecinos, como en relación a los migrantes mexicanos. Sin embargo, su grado de formación promedio era inferior al de los inmigrantes salvadoreños de las décadas anteriores (Hamilton/Chinchilla 1991: 100/101; Wallace 1987: 661). Del censo californiano de 1980 se sigue que aproximadamente la mitad de los centroamericanos residentes disponían de una escolaridad que cuando menos alcanzaba el bachillerato preuniversitario. Por contraposición, menos de una cuarta parte de los inmigrantes mexicanos tenían ese nivel (Wallace 1987: 661).

El descenso del promedio de escolaridad también se encuentra documentado por datos del Censo de 1990 de los EE.UU. En el grupo de mayores de 25 años el porcentaje de bachilleres alcanza en la actualidad el 32.5 por ciento. Entre los salvadoreños que inmigraron antes de 1980 ese porcentaje era del 40.2 por ciento, deslizándose en los años 80 hasta el 28.6 por ciento (según cálculo propio basado en datos del Bureau of the Census 1993). Pero aquí debemos recordar que el Censo registra una cuota proporcionalmente mayor de la migración legal, de manera que el porcentaje real de bachilleres se halle muy posiblemente por debajo de los datos proporcionados por dicho Censo. En cualquier caso, por una parte, el grado decreciente de escolaridad confirma la tesis de la ampliación socioestructural de los involucrados en la migración. Por la otra, todavía en la actualidad el porcentaje de bachilleres es tan elevado, que muy bien se puede sostener que las capas medias han participado de modo significativo en el movimiento migratorio hacia los EE.UU.

Otra particularidad de la corriente migratoria salvadoreña hacia los EE.UU. es la presencia relativamente elevada de mujeres. Debido a que la migración salvadoreña proviene de modo preponderante de las ciudades, la mayoría de sus miembros aseguran su reproducción con actividades en los sectores urbanos formales o informales, y por tanto casi no son propietarios de tierras ni se encuentran atados a determinados lugares de reproducción. El alto porcentaje de mujeres que participan en la migración, indica que el desarrollo de la estructura económica polarizada al extremo y de manera especial la guerra, han desatado una dinámica de desarraigo que ha destruido una buena parte de las relaciones familiares y domiciliarias tradicionales.

Los datos del Censo de 1990 indican que el porcentaje de mujeres en la inmigración durante la década pasada, es decir en los años 80, se redujo de cerca del 55 al 46.1 por ciento, alcanzando en 1990 el 48.3 por ciento (Bureau of the Census 1993). Muchas causas explican el incremento relativo de la participación masculina en la migración: debido al deterioro sufrido por la economía salvadoreña durante los años de guerra, también se perdieron muchos puestos de trabajo en el sector formal, ocupados en su mayoría por hombres. Ello reforzó su disposición a emigrar. Además, parece que era mayor la participación de los hombres en las organizaciones políticas, por lo que al aumentar la represión aumentó la presión para emigrar (Menjívar 1993: 365). Sin embargo, a pesar de haberse ampliado la participación masculina en la migración, el porcentaje de mujeres que emigra, casi un 50 por ciento, es claramente superior al de la migración mexicana en los EE.UU.

Debemos hacer algunas precisiones a la aseveración de que la migración salvadoreña es preponderantemente urbana: si bien se puede constatar que durante el transcurso de los años 80 la porción de migrantes provenientes del espacio rural se ha incrementado (Bailey/Hane 1995), tomando como base la investigación de Montes (1987) se puede probar que, al menos hasta mediados de esos años 80, el fenómeno de la emigración salvadoreña hacia los Estados Unidos era de carácter urbano: casi la mitad de los entrevistados eran originarios de las cabeceras departamentales. Si a eso se agrega, de una parte, la poca disposición para invertir en bienes agrícolas que muestran los remitentes y receptores de las llamadas remesas familiares (Montes 1987: 57), y de la otra, el grado de escolaridad superior al promedio nacional (véase arriba), se redondea la argumentación y la tesis del predominio urbano de los migrantes parece confirmada.

Ahora bien, en los años 80 junto a la emigración y huida en masa por las fronteras, en el interior del país se dio un desplazamiento espacial de una porción grande de la población, por lo que los límites entre las categorías "urbano" y "rural" se hallan poco definidas. Podemos suponer que entre tanto, una parte de los migrantes que declaraba provenir de zonas rurales, prefería estilos de vida urbana, ya que o bien se había "descampesinado" a través de su estancia en los EE.UU. (Montes 1987: 57), o bien se había distanciado de las formas de vida campesina debido a la experiencia adquirida en las ciudades salvadoreñas. Pero incluso una porción de la población rural, que no contaba en lo personal con ninguna experiencia migratoria, modificó su estilo de vida influida por el proceso global de urbanización de la vida campesina (Lungo 1998).

Sin embargo, a pesar de que hasta la fecha la migración en los EE.UU. es en su mayoría de carácter urbano, también la emigración de zonas rurales ha ido aumentando. Los migrantes provienen en primer lugar de los departamentos norteros y del Oriente del país, donde predomina la pequeña producción campesina. Mientras esas comunidades presentan elevadas tasas de emigración hacia los EE.UU., la población de las regiones cafetaleras casi no participa en el proceso migratorio (García 1996: 8). Comparados con los trabajadores agrícolas del sector cafetalero, los pequeños campesinos tienen una ventaja notable a la hora de decidirse a emigrar: aunque sus bienes sean muy escasos, disponen de libertad sobre ellos. Por el contrario, los trabajadores agrícolas del sector cafetalero mantienen una dependencia inmediata más fuerte de su patrón. Con lo cual no sólo tienen menos posibilidades de ahorrar lo necesario para el viaje, sino que debido a las estructuras paternalistas prevalecientes en las plantaciones de café, pierden cierta capacidad de tomar decisiones en forma autónoma. En otras palabras, gracias a las decisiones relacionadas con la administración económica de sus lotes o finquitas que día a día deben tomar, los pequeños campesinos independientes de los departamentos del norte adquieren una mayor aptitud para decidir sobre la permanencia o partida de toda la familia o de miembros individuales de la misma (García 1996: 6-8).

La edad promedio de los inmigrantes salvadoreños anda aproximadamente por los 25 años, con lo cual resulta ser superior a la edad promedio de la población total del país. El grupo de los 25 a 34 años constituye el intervalo de edad más numeroso de los inmigrantes, mientras que en la estructura por edades de la población total de El Salvador, el tamaño de los grupos disminuye sin excepción a medida que sube la edad de los mismos (Wallace 1987: 660/61; Statistisches Bundesamt 1995). La diferencia de la estructura de edades entre los salvadoreños en los EE.UU. y en su país de origen, indica que la inmigración de familias completas sólo es una parte minoritaria de la migración total. Sólo el 10 por ciento inmigran en los EE.UU. como parejas. De esos únicamente una tercera parte lleva consigo a sus hijos (Montes 1990: 82). Los inmigrantes, pues, son en la mayor parte de los casos célibes y tienen la "mejor" edad para insertarse en el proceso productivo de los Estados Unidos, siendo por tanto muy "rentables".

1.3. Teoría e investigación de la migración: ¿por qué se van?, factores que empujan y atraen al *homo oeconomicus*

La mayoría de las teorías de la migración estudian las causas de las migraciones bajo el nombre de "factores *push and pull*", es decir, factores de empuje y atracción (Bös 1997: 58). Los factores *push* describen las condiciones que se dan en la sociedad de procedencia, que motivan a los migrantes para abandonar el país. Los factores *pull* son los atractivos para migrar que les presenta la sociedad que los recibe. Ahora bien, aun cuando apreciaciones más recientes no niegan la importancia relativa de esos factores, simultáneamente previenen contra la tentación de reducir las causas de las migraciones a una o pocas influencias. Existe unanimidad respecto a que un análisis adecuado de los procesos migratorios debe ser multifactorial (Hamilton/Chinchilla 1991; Parnreiter 1994; Sassen 1991; Bös 1997).

La necesidad de ampliar el espectro de los factores que influyen en las migraciones, se hace evidente ante las penurias explicativas de algunas variables empíricas que se supone tienen gran poder explicativo, como por ejemplo el crecimiento de la población y la "presión demográfica" resultante del mismo, o el "subdesarrollo", es decir, la pobreza que se extiende sobre los habitantes en muchos de los países de donde provienen los migrantes. Sin que se ponga en duda el desarrollo desigual global ni el crecimiento de población desmesurado en algunos países, conviene señalar que la conexión de esos fenómenos con los procesos migratorios concretos no se puede determinar en forma mecánica (Nuscheler 1995: 35)

El señalamiento de una densidad demográfica grande, así como el de un crecimiento poblacional por encima del promedio, no son por sí solos referencias estadísticas suficientes para pronosticar futuras tasas de emigración, ya que por un lado muchos Estados con elevado crecimiento poblacional tienen reducidas tasas de emigración, y por el otro, algunos Estados con escasa densidad de población o un incremento poblacional pequeño poseen tasas de emigración relativamente altas (Sassen 1991: 230). La hipótesis de que el volumen de pobreza existente en las sociedades de procedencia se convierte de inmediato en una tasa de emigración más elevada, se relativiza un tanto con referencias igualmente empíricas pero de signo contrario: existen suficientes países pobres con tasas de emigración insignificantes, mientras que algunos países con tasas de emigración altas, como p.e. Corea del Sur y Taiwan, no se pueden considerar a escala mundial de manera categórica como pobres (Sassen 1991: 230).

Pero también parece poco realista considerar que es el individuo aislado, dotado de una capacidad autónoma de acción a escala mundial, quien busca realizarse de manera óptima en el espacio vital que ante sí tiene abierto (Bös 1997: 60). El concepto del hombre implícito en este enfoque es el del *homo oeconomicus*, que descuida totalmente la dimensión social de la existencia humana, de modo que con toda razón se le critica por ser exageradamente economicista.

La enumeración de los factores *push and pull* y la referencia a motivaciones individuales no son suficientes para explicar las migraciones como fenómeno social. En las más recientes investigaciones se ha señalado la necesidad de analizar la migración como un proceso grupal. Se considera que la vinculación que los migrantes potenciales guardan hacia grupos primarios, como la familia, el hogar o la comunidad de la cual proceden, influye de manera importante en la génesis de las decisiones que los llevan a migrar (Hulshof 1991).

1.4. Investigación estructural de la migración

A pesar del enconado debate sobre la perspectiva "correcta" que se debe adoptar en la investigación de los procesos migratorios, algo queda en claro: es seguro que no se daría ninguna migración laboral si los migrantes no encontraran trabajo en el país al cual se dirigen, o si su fuerza de trabajo fuese demandada, es decir, absorbida en las sociedades de donde proceden. Incluso en el reducido marco del modelo *push and pull*, tienen su lugar los aspectos de la falta de trabajo (*push*) y las posibilidades de trabajo (*pull*). Sin embargo, la visión estructural de la investigación de la migración mira más allá. La capacidad que una economía tiene para absorber fuerza de trabajo no se puede interpretar simplemente como un hecho natural o inherente a las economías políticas nacionales. El enfoque de los Estados nacionales en forma aislada no es suficiente, para poder explicar el desenvolvimiento de sus estructuras económicas. Más bien se debe establecer una conexión con el lugar y la función que desempeñan los Estados, considerándolos dentro de las estructuras del sistema capitalista mundial. La demanda de fuerza de trabajo inmigrante en los "países centrales" y su "liberación" por la penetración capitalista en regiones precapitalistas de la "periferia", son dos momentos complementarios de la moderna migración laboral. El mercado mundial de fuerza de trabajo, es decir, la apropiación de fuerza de trabajo externa (Potts 1988), fue y es una condición importante para el desarrollo económico capitalista. Por supuesto que, a través de los siglos, el sistema de adquisición de fuerza de trabajo se ha ido modificando. Comprendió tanto la esclavitud como otras formas de trabajo forzado, y más tarde los "programas de trabajadores extranjeros" en los países industrializados. Finalmente, en las últimas décadas, los procesos económicos de globalización (véase más abajo) han transformado en forma persistente esa oferta y demanda de fuerza de trabajo (Hamilton/Chinchilla 1996: 196-198).

Este estudio parte de la hipótesis de que a pesar de la actitud negativa y las medidas legales restrictivas contra los inmigrantes, apoyadas por amplios sectores en los EE.UU., en ese país sigue existiendo una demanda de mano de obra extranjera. Debido a que se continúa dando un desempleo masivo -eso sí, comparativamente mucho menor que el existente en los países de donde provienen los migrantes- el argumento de que también persiste una demanda de fuerza de trabajo inmigrante pudiera parecer paradójico. Pero la demanda de la fuerza de trabajo perdura en lo esencial porque no sólo debe estar disponible, sino que debe ocasionar los menores costos posibles (Parnreiter 1994: 11). Esto resulta ser más válido que nunca en la actual fase de la reestructuración económica mundial, que entre otras cosas se caracteriza por una carrera desenfrenada por rebajar al máximo los costos de trabajo.

Por una parte, la dura experiencia del desarraigo y la inseguridad que eso acarrea, y por la otra, el trato especial que los regímenes nacionales dan a los inmigrantes por medio de las correspondientes leyes de excepción (leyes para extranjeros, asilados e inmigrantes), dirigidas a regular el muy sensible aspecto de su status residencial, les restringen la libertad de movimiento y debilitan su capacidad de negociación en el mercado de trabajo. Como consecuencia, los migrantes quedan relegados a los segmentos inferiores de la escala laboral, que se caracterizan por tener salarios bajos, malas condiciones de trabajo y pocas oportunidades de ascenso (Parnreiter 1994: 27-40). Esta situación se hace más patente al analizar las condiciones de trabajo de los llamados inmigrantes "ilegales", quienes viven con el permanente temor de ser denunciados, detenidos y expulsados. Sería hilar demasiado fino considerar que la ilegalización de los trabajadores migrantes obedece a una estrategia gubernamental para reducir los costos de trabajo. Sin embargo, se debe señalar que con los esfuerzos por contener la inmigración ilegal, precisamente porque los controles fronterizos más estrictos no reducen de manera efectiva la inmigración, sino que simplemente aumentan el porcentaje de migrantes irregulares (Salt 1992: 1106), se defienden los intereses de aquellos empresarios cuyas ganancias dependen de una disponibilidad -de ser posible ilimitada- de mano de obra inmigrante, al más bajo costo y carente de toda protección legal (Zolberg 1981: 17).

1.5. Reestructuración económica global y modificación de los mercados de trabajo

Qué significa el concepto "reestructuración económica global" y hasta qué punto el cambio en el modo de acumulación, a menudo llamado "globalización", afecta la migración de trabajadores? Con el concepto de "globalización" en la actualidad ya no se designa la mera extensión espacial del modo de acumulación capitalista, todavía hoy relevante por generar movimientos migratorios allí donde desaloja y sustituye relaciones de producción precapitalistas y de economía de subsistencia. Por globalización se entiende más bien el profundo cambio estructural de la economía mundial, que al transnacionalizar la producción ha provocado persistentes modificaciones en las estructuras de los mercados de trabajo nacionales.

Debido a la drástica disminución de los costos de las comunicaciones, las transacciones y los transportes, la competencia entre las distintas economías nacionales individuales se ha incrementado de manera considerable. Los costos de producción se han convertido así en el factor decisivo para seleccionar el lugar o la región donde se deben ubicar las instalaciones productivas (Altvater/Mahnkopf 1997: 41). Como a su vez dichos costos se encuentran estrechamente ligados a los costos salariales, los llamados "países de salarios bajos" se han ido volviendo los más rentables para dichas instalaciones. En ellos se realizan, ante todo, los procesos de acabado de componentes que utilizan de modo intensivo fuerza de trabajo, cuestión que se comenzó a discutir a más tardar desde finales de los años 70, bajo el nombre de la "nueva división internacional del trabajo" (véase Fröbel/Heinrichs/Kreye 1977).

Pero el desplazamiento de los sitios de producción a los países en desarrollo, sólo contribuye a reducir de manera limitada la migración laboral. No se puede dudar acerca de los efectos cuantitativos directos en el empleo, que producen las fábricas transnacionales al instalarse en los países en desarrollo. Sin embargo, se extienden a) debido a su profunda intromisión en las estructuras económicas y sociales de la región, y b) con base en el incremento creciente de la intensidad de capital que requieren las inversiones directas.

a) Las inversiones extranjeras directas han producido o reforzado la decidida orientación a la exportación de muchos países o regiones (Sassen 1988a: 19). Tanto en el campo de la agricultura, como en el de la industria o la manufactura, la hegemonía de las economías exportadoras condujo a la destrucción de las estructuras de producción anteriores, orientadas hacia los mercados locales y regionales, o hacia la propia subsistencia. Como consecuencia de eso, la fuerza de trabajo ocupada en esos sectores fue "liberada" y cayó en franca dependencia de la oferta de trabajo asalariado ofrecida por los sectores exportadores. Pero la parte de la población que se redime de las relaciones de subsistencia, también se moviliza espacialmente. La fuerza de trabajo se desplaza a las plantaciones para la exportación, a la cabecera departamental más cercana, e incluso a otra más alejada: la capital del país (Sassen 1991: 233). Para quienes ya se sienten "desarraigados" el próximo paso, cruzar la frontera, ya no parece tan grande.

La fuerte absorción de mano de obra femenina, acelera la descomposición de las tradicionales estructuras de producción locales, en las cuales la importante contribución de las mujeres no es remunerada la mayor parte de las veces. Se encargan de preparar la comida, de producir manualmente bienes de consumo para la familia o el mercado local. Pero una vez que las estructuras de producción locales han sido destruidas, tanto para los hombres como para las mujeres se vuelve bastante difícil cuando no imposible, el retorno a las regiones rurales de procedencia. Y la inclusión de la mano de obra en el entramado de la producción capitalista, produce sus peores efectos cuando las relaciones de empleo en las fábricas transnacionales no son permanentes. La política de personal de estas empresas está dirigida a sustituir continuamente a los trabajadores que se enferman, a menudo debido a las pésimas condiciones de trabajo existentes, por mano de obra más joven y sana (Sassen 1991: 234). Además, las mencionadas empresas tienden a desarrollar una capacidad grande para cambiar el sitio de sus instalaciones. Cuando los costos de producción les parecen muy elevados en relación a los de otros "países de salarios bajos", en parte por la supresión de subvenciones, o debido a la lenta alza de los niveles de salarios (a pesar de sus esfuerzos por minimizarlos), las transnacionales prefieren irse a otro país, dejando tras de sí el desempleo y un número mucho mayor de migrantes potenciales (Sassen 1991: 234; Sernau 1994).

b) Muchas empresas transnacionales esperan tener ganancias adicionales racionalizando sus actividades en los países en desarrollo, lugares cuya principal ventaja ha consistido hasta el momento en la existencia de salarios bajos (Altwater/Mahnkopf 1997: 266). La alta tecnología actual ofrece posibilidades de racionalización y automatización tan vastos, que una parte de las industrias manufactureras que con anterioridad usaban mano de obra en extremo intensiva, y por tanto habían sido desplazadas, puedan instalarse de nuevo en los países centrales en condiciones rentables, explotando la ventaja de encontrarse más cerca de mayor número de consumidores y mercados (Hirsch/Roth 1986: 112). Es evidente que la intensificación del empleo de capital y el retorno de las fábricas a los países industrializados, tienen un efecto extremadamente negativo en la oferta de trabajo en los países en desarrollo.

El proceso de reestructuración económica global ha hecho que la división internacional del trabajo se vuelva mucho más compleja. Si bien, por una parte, se continúa practicando la *global outsourcing*, y por tanto los lugares periféricos, debido a sus niveles de salario favorables, continúan ocupando una buena parte del engranaje global de la producción, por la otra, tanto dentro de la periferia como entre la periferia y el centro, las fábricas se encuentran cambiando permanentemente de sitio. Entre más intensa sea esta fluctuación, más grande es el número de personas que se puede considerar movilizado, y mayor la cantidad que en caso de la disolución de "su" lugar de trabajo, tratará de llegar a otro lugar donde se les ofrezca empleo. Y entre más grande sea la parte de la economía de los países en desarrollo montada sobre la "rueda de caballitos" de los lugares adecuados para la instalación de empresas transnacionales, mayor será el número de gente que deseará migrar.

La homogeneidad o heterogeneidad de la estructura productiva que durante tanto tiempo caracterizó el grado de desarrollo, es decir, la posición que las economías nacionales ocupaban en el sistema mundial capitalista, ya no constituye hoy un criterio de clasificación solvente, debido a que la economía de todos los Estados se ha vuelto heterogénea. Gracias a la globalización, el concepto "heterogeneidad estructural" creado por los teóricos de la dependencia para describir la desintegración económica y social, provocada en los países en desarrollo por su dependencia de la economía global (véase Senghaas 1974: 22/23), también se aplica a los centros, donde como es natural, las partes que se desintegran son diferentes a las de los países en desarrollo. En síntesis: los Estados centrales, que disfrutaban de más homogeneidad, sufren una mayor heterogenización. Por otra parte, la competencia entre las redes de producción transnacionales no se lleva a cabo en un "virtual ningún lugar", sino sobre la base de estructuras de producción nacionales. Estas también influirán en el futuro en el nivel y la distribución de ingresos, así como en las formas de la división internacional del trabajo y las oportunidades de crecimiento. De modo que la transnacionalización no implica de ninguna manera una atenuación del abismo que separa a los países pobres de los países ricos, cuanto más que, ahora como antes, la mayor parte de los cuarteles generales de las empresas transnacionales se encuentran establecidos en los Estados industriales. Y todo parece indicar que, gracias a las tecnologías de base desarrolladas en el centro requeridas para la lograr un poder de competencia global, así continuará siendo en el futuro (Narr/Schubert 1994: 68).

A la 'ruleta del lugar apropiado' se ha superpuesto la gigantesca eficiencia para destruir empleos propia del desarrollo tecnológico. Si durante mucho tiempo la tecnologización creciente de la agricultura y la industria parecía estar ligada a un proceso de modernización económica normal, debido a que la fuerza de trabajo liberada pasaba a engrosar las filas del sector servicios, en la actualidad se vive la gran desilusión de que entre tanto también los servicios se están automatizando cada vez más, y por tanto se pueden "racionalizar" (Rifkin 1996: 108). A pesar de lo cual, el sector de los servicios continúa siendo tanto en los países en desarrollo como en los industriales, el ámbito con la tasa de crecimiento más elevada. Con una diferencia significativa: mientras que en los países industriales la ampliación del sector terciario se explica en lo esencial por un fortalecimiento de la demanda de intermediarios, servicios referidos a la producción, que se han vuelto más importantes en forma paralela al aumento en la complejidad de la organización de la producción, en los países en desarrollo esa ampliación corresponde ante todo en una dilatación del sector informal (Altvater/Mahnkopf 1997: 278). Pero la informalización de la economía no es un fenómeno que se extienda exclusivamente en la periferia. Precisamente también en los países centrales, ante todo en las metrópolis, se produce una nueva segmentación social, en todas las ramas de actividades, como consecuencia de una modificación creciente de las relaciones de trabajo normales. Tanto en las ramas más avanzadas, como p.e. en los servicios referidos a la producción o en la producción de alta tecnología, como en las ramas industriales más antiguas, han proliferado las relaciones de empleo informales (trabajos a tiempo parcial o a crédito, de autonomía aparente) (Parnreiter 1994: 59). La ampliación del trabajo remunerado de las mujeres, que se discute como "feminización del trabajo", además de proporcionar más trabajo para migrantes, contribuye a la informalización de la economía. Tanto en el centro como en la periferia, las nuevas formas atípicas de trabajo han surgido en gran medida en ocupaciones en las cuales las mujeres desempeñan algún papel.

En los Estados industriales las mujeres y los inmigrantes, y en los países en desarrollo las mujeres y los migrantes internos, constituyen una reserva laboral extensa a disposición del sector informal de la economía (Parnreiter 1994: 60). Se puede entonces argumentar que el proceso de reestructuración de las relaciones de trabajo se ve facilitado por la mayor disposición de las mujeres a trabajar y de la fuerza laboral inmigrante. Los inmigrantes no sólo se incorporan principalmente a la oferta de fuerza de trabajo informal, sino que además son responsables de que sobre los trabajadores naturales del país aumente la presión informalizadora (Altvater/Mahnkopf 1997: 331).

1.6. Mercados de trabajo excluyentes y absorbentes: complementariedad de la demanda y oferta de fuerza de trabajo

"Liberación" de la mano de obra en El Salvador

A pesar de que el tema central de este estudio es la emigración laboral salvadoreña de los años 80 y 90, no se puede dejar de señalar que tanto los desplazamientos dentro del territorio nacional, como las migraciones a los países vecinos y hacia los EE.UU., no son ningún fenómeno nuevo. La guerra, el hecho económico, social y político determinante durante los años 80, cambio tanto cuantitativa como cualitativamente de modo persistente la emigración salvadoreña. Pero también el desarrollo de la estructura económica de El Salvador aportó de manera decisiva a desencadenar una dinámica poblacional, muchos años antes de la década de los 80, la cual es muy probable que hubiese contribuido a incrementar la tasa de emigración, al margen de la escalada de represión y violencia extremas (Aguilar Zinser 1991).

La economía cafetalera y la sustitución de importaciones

A este respecto es de enorme importancia la reestructuración que desde mediados del siglo pasado comenzó a sufrir la agricultura, como resultado de la expansión del cultivo del café destinado a la exportación. Dicha expansión chocó contra dos limitaciones estructurales: la primera, la relativa escasez de bienes, e.d., tierras aptas para ese cultivo; y la segunda, condicionada por la forma de producción pequeño-campesina y comunal predominante, la relativa escasez de fuerza de trabajo. Ambas dificultades fueron superadas por medio de la sucesiva expropiación de la tierra campesina y comunal. La tierra expropiada pasó a manos de terratenientes en forma gratuita o a precios irrisorios, formándose lentamente la llamada oligarquía cafetalera, que a su vez promovió y aceleró el proceso de concentración de la propiedad de la territorial. Los campesinos expulsados de sus tierras migraron en gran parte hacia los departamentos montañosos del norte, dotados de tierras bastante menos fértiles, donde continuaron dedicándose a la agricultura de subsistencia. Los campesinos expulsados de sus tierras en los departamentos del Occidente del país, produjeron además otras dos corrientes migratorias: la migración estacional de quienes en las épocas de la recolección del café, se ofrecían como fuerza de trabajo en las fincas productoras de ese grano, y la migración durante todo el año de aquellos que careciendo incluso de una parcela para subsistir, quedaron a merced de los ingresos que podían obtener por medio de labores remuneradas (Menjívar 1993: 354; Krämer 1995: 16; Hamilton/Chinchilla 1996).

Mientras que hasta finales del siglo pasado los desplazamientos de los trabajadores estacionales y los trabajadores sin tierra, se circunscribían en lo esencial al territorio nacional, con la expansión a principios de este siglo de las plantaciones bananeras en diversos países centroamericanos (ante todo de la United Fruit Co.), la migración adquirió una dimensión internacional. Los trabajadores migrantes salvadoreños fueron atraídos ante todo por las plantaciones en el norte de Honduras, hacia donde se dirigió una corriente migratoria permanente (Hamilton/Chinchilla 1991: 84; Menjívar 1993; García 1994: 297). Pero además, también se incrementó la inmigración legal de centroamericanos en los EE.UU. De 549 personas en el lapso de 1891 a 1900, se pasó a 8 192 entre 1901 y 1910, y a 17 159 entre 1911 y 1920 (INS 1996: 27). En esa fase se trató ante todo de la migración de una élite (Hamilton/Chinchilla 1996: 203).

Al mismo tiempo, la continua concentración de la propiedad de la tierra siguió encargándose de la "liberación" de la fuerza de trabajo requerida en las fincas cafetaleras, produciendo incluso una sobreoferta de la misma. La caída de los precios del café en los años 20 y la monopolización extrema de la agricultura (al estallar la Primera Guerra Mundial el café representaba el 80.4 por ciento del total de exportaciones de El Salvador; Woodward 1985: 160), sacudieron la economía del país y motivaron un proceso de diferenciación de las exportaciones agrarias. Pero los monocultivos del algodón y el azúcar que se implantaron, condujeron a una nueva expropiación y desalojo de pequeños campesinos (Menjívar 1993: 354). La emigración de esos campesinos se dirigió preferentemente a Honduras, hasta que en los años 80 la corriente migratoria cambió abruptamente de rumbo y enfiló hacia los EE.UU., convirtiéndolo por mucho en el país preferido por los salvadoreños para inmigrar. Ya en los años 30 vivían en el poco densamente poblado territorio de Honduras unos 25 000 salvadoreños, a finales de los años 40 eran aproximadamente 100 000, y a comienzos de 1969 se calculaban cerca de 350 000. Poco antes del estallido de la así llamada "guerra del fútbol" en julio de 1969, el gobierno hondureño expulsó de regreso a su país a unos 300 000 salvadoreños, cuya reinserción en la economía de El Salvador, debido a la extrema escasez de tierras, colocó al gobierno de ese país ante un problema insuperable (Menjívar 1993: 356; Dunkerley 1986: 94/95; Hamilton/Chinchilla 1991).

Debido a la extensión masiva de las tierras fértiles usadas para los cultivos de exportación, la agricultura, sector que hasta entonces había dado ocupación a la gran mayoría de la mano de obra, perdió su capacidad de absorción. La creciente concentración de la propiedad territorial continuó dejando sin tierra a más pequeños campesinos. Hacia 1975 el 41.1 por ciento de las familias que vivían en el campo carecían por completo de tierras, y el 27.8 por ciento poseían menos de una hectárea. O sea, que dos terceras partes de las familias campesinas estaban imposibilitadas de tener un ingreso suficiente realizando de manera independiente actividades propias del campo (Krämer 1995: 29). Ni los esfuerzos de redistribución de tierras realizado por el Presidente Coronel Armando Molina (1972-77), ni la reforma agraria propuesta por la Junta Militar "reformista" de 1979, cambiaron de manera sustancial la concentración de la propiedad territorial.

Si bien hasta 1989 aproximadamente un 17 por ciento de superficie de explotación agraria fue redistribuida, el 40 por ciento de las familias campesinas siguieron careciendo de tierras. Incluso después de la guerra la carencia de tierras continuó siendo un problema grande, agudizado por la disolución de los combatientes del FMLN y el licenciamiento de los soldados del ejército. Por eso, para beneficiar a unos 7 500 ex-guerrilleros, 15 000 antiguos soldados y alrededor de 25 000 "tenedores de tierra" de las regiones "liberadas" durante el conflicto bélico por la guerrilla, se tuvo que crear una reforma agraria especial, el *Programa de Transferencia de Tierras* (PTT) (Santamaría 1995; Krennerich/Nuscheler 1992; Krämer 1995).

A pesar de que El Salvador continuó siendo un país eminentemente agrario, al grado que a mediados de 1984 el 62.1 por ciento de sus ingresos por exportación correspondían al café, desde los años 50 se inició, apoyada por programas estatales de fomento industrial, la primera fase de un proceso de industrialización. Este todavía tenía como meta la de continuar transformando los bienes agrícolas, para reducir la importación de café en polvo, azúcar, textiles, alimentos y bebidas. Los puestos de trabajo nuevos que surgieron en esta fase de la industrialización, las posibilidades de empleo que ofreció el crecimiento de la burocracia y la mejora de la seguridad social, hicieron que el espacio de vida y trabajo 'urbano' pareciera más atractivo (Menjívar 1993: 355), con el consiguiente aumento de la migración campo-ciudad. Entre 1950 y 1961 el 73 por ciento de todos los migrantes internos de El Salvador se asentaron en las ciudades, mientras nada menos que el 41 por ciento de ellos trasladaron su domicilio a la capital San Salvador (Hamilton/ Chinchilla 1991: 88).

La expansión de la industria no produjo el crecimiento de los puestos de trabajo en la cantidad esperada, debido a que esa temprana fase de la producción industrial salvadoreña se organizó haciendo ya un uso relativamente intensivo de capital. Como consecuencia de eso, durante los años 60 el número de desocupados continuó creciendo. Hacia 1968, un año antes de la guerra contra Honduras, la cuota de desempleo en El Salvador era del 20 por ciento, y otro 40 por ciento de los asalariados estaba subempleado (Krämer 1995: 22/23).

En los años 70 se puso la primera piedra para desarrollar una nueva forma de producción industrial: la maquila. Desde los años 60 se había registrado un incremento de las inversiones directas extranjeras (siglas en inglés: FDI), que entre 1959 y 1969 aumentaron de 43 a 115 millones de dólares. Pero fue hasta 1974, con la apertura de la primera zona franca de "San Bartolo" en Ilopango, en las cercanías de la capital, que también se creó el marco formal para la instalación de empresas maquiladoras (Krämer 1995: 25). En el proyecto de "Transformación Nacional" del gobierno de Molina, se ofrecían facilidades a las fábricas transnacionales, con el fin de acelerar el crecimiento industrial y crear nuevos puestos de trabajo. No obstante, también en este caso los efectos reales sobre los empleos fueron muy inferiores a las metas ambicionadas por el gobierno. Se esperaba que sólo en San Bartolo se instalaran en 1974 unas 74 empresas, con un crecimiento anual de 3 000 puestos de trabajo. De facto hasta 1977 únicamente se habían instalado 10 empresas, que empleaban entre todas unos 3 000 trabajadores (Krämer 1995: 26).

Aunque el factor de los costos del trabajo más baratos eran importantes para que las maquilas se instalaran en El Salvador, al igual que en la época del "floreciente" Mercado Común Centroamericano (MCCA), en la industria de maquila de los años 70 aparecieron empresas de capital relativamente intensivo, que no tenían ninguna capacidad para incorporar en forma productiva la reserva de fuerza de trabajo industrial que se reproducía y se ofrecía a ellas. Por el contrario: debido a la estructura dual de la industria, muchas veces entraban en competencia con las pequeñas empresas de trabajo intensivo, que no podían enfrentar esa presión competitiva y se veían en la necesidad de despedir a muchos de sus empleados (Krämer 1995: 25/26).

La política económica durante el gobierno de Molina pretendió mejorar las condiciones de acumulación en forma tan unilateral, que la polarización socioeconómica de la sociedad salvadoreña más bien se agudizó. Las tensiones resultantes condujeron al crecimiento y la militarización de las organizaciones populares y los sindicatos, convertidos en portavoces del malestar de la población (Krämer 1995).

2. Los Migrantes Salvadoreños en Estados Unidos

2.1. Guerra y catástrofe económica

La guerra en El Salvador tuvo consecuencias devastadoras, tanto para el desarrollo económico como para la situación socioeconómica de la población. La destrucción de la infraestructura y el medio ambiente, así como el clima general de violencia que volvió no rentables las inversiones y provocó la emigración de la industria, la fuga de capitales, el desplazamiento de las partidas presupuestarias hacia los rubros militares, en detrimento de las subvenciones y los gastos sociales, sólo fueron una cara de la catástrofe (Salazar Candel 1995: 178; Krämer 1995: 116; Krennerich/Nuscheler 1992: 102; AID 1988). La otra la constituyeron los *terms of trade* (términos de intercambio) extremadamente desfavorables durante todos los años 80, que redujeron a la mitad los ingresos provenientes de las exportaciones (AID 1988; Krennerich/Nuscheler 1992: 101). La balanza comercial que en 1980 todavía había sido positiva, se deslizó al ámbito de las cifras negativas, y la deuda externa creció hasta alcanzar a finales de 1990 los 1 800 millones de dólares (Krennerich/Nuscheler 1992: 101). El miserable desarrollo de los *terms of trade* estuvo condicionado en primer lugar por la caída de los precios de los principales productos agrarios de exportación, café, algodón y azúcar, que a principios de los años 80 todavía conformaban entre el 65 y el 75 por ciento de los ingresos por exportación del país (Euchner 1996: 29).

La catástrofe que durante esos años abatió la economía salvadoreña, deterioró de manera correspondiente las condiciones de vida de la población, recayendo el mayor peso de la crisis sobre las capas que de todas formas eran las de menor ingreso (AID 1988). Hacia 1989 las estadísticas oficiales reconocieron un desempleo abierto del 25 por ciento, cifra que parece muy baja. El propio Ministerio de Planificación (MIPLAN) salvadoreño calculó que el 50 por ciento de los domiciliados en las ciudades y casi dos terceras partes de la población en el campo, carecían de trabajo o se hallaban subempleados (Krennerich/Nuscheler 1992: 103). Pero debido al hundimiento del 50 por ciento de los salarios reales ocurrido entre 1978 y 1988 (AID 1988), incluso la parte de la población que todavía conservaba su puesto de trabajo, había tenido que soportar un deterioro de su standard de vida que amenazaba su propia existencia. Como consecuencia, en los años 80 la tasa de pobreza se elevó de manera impetuosa: MIPLAN calculó que en 1985 el 90 por ciento de la población vivía en condiciones de relativa pobreza y el 44 por ciento en condiciones de pobreza absoluta (Krämer 1995: 116), siendo la tasa de pobreza en el campo más alta que la de las ciudades (Euchner 1996: 58/59). Con la ruina de la economía salvadoreña y el consecuente despido de fuerza de trabajo, el número de personas empleadas en el sector informal se amplió de manera considerable, de tal manera que para 1988 más de la mitad de todos los ocupados se encontraban en ese sector (AID 1988).

A pesar de las tendencias al deterioro, el incremento de la desocupación y el hundimiento de los salarios reales ha sido menor que el esperado. El éxodo de la población salvadoreña, ante todo hacia los EE.UU., contribuyó a que el crecimiento de la población económicamente activa fuera muy inferior al de períodos anteriores, con lo cual se puede decir que se dio una exportación exitosa aunque parcial del "problema social" (AID 1988). Dos factores evitaron el colapso de la economía de El Salvador durante la década de la guerra: por una parte, la voluminosa ayuda económica de los EE.UU., y por la otra, la temprana llegada de las remesas monetarias enviadas por los emigrantes salvadoreños a sus familiares (Krämer 1995: 117; Salazar Candel 1995: 179).

La ayuda financiera de los EE.UU. en el período de los años 80 alcanzó en cifras redondas los 3 500 millones de dólares (Krennerich/Nuscheler 1992: 103; Krämer 1995: 117). Debido a esa voluminosa inversión en la guerra y en relación con los programas norteamericanos de adiestramiento y asesoría para la Fuerza Armada salvadoreña, los EE.UU. se convirtieron en corresponsables de la prolongación "artificial" de la guerra (Krämer 1995: 73). Pensando de modo consecuente, esto significa que gracias a su apoyo al gobierno salvadoreño, los Estados Unidos contribuyeron a causar el movimiento migratorio, y por tanto también son corresponsables de la emigración masiva de salvadoreños hacia su propio país.

El segundo factor que ayudó a sobrevivir a la economía salvadoreña fueron -y continúan siendo todavía hoy-, las "remesas familiares". La suma de esas remesas transferidas desde los EE.UU. a El Salvador resulta difícil calcular. No obstante, hay consenso sobre el hecho de que en los años 80 ya se habían convertido en un pilar de la economía salvadoreña, cuando no en su característica más importante (García 1994: 301). Según distintos cálculos en los años 80 fueron transferidos desde los EE.UU. entre 400 y 1 400 millones de dólares anuales (Krämer 1995: 117; Krennerich/Nuscheler 1992: 102). Los datos oficiales del Banco Central de El Salvador son mucho menores, lo que en términos generales se puede explicar debido a que durante los años 80, sólo una porción pequeña de las remesas llegaba a El Salvador a través de los canales bancarios oficiales y se podía registrar: López y Seligson (1991) calculan que era una cuarta parte. El resto llegaba al país a través de kuries comerciales o mensajeros privados y evadían así las estadísticas. A finales de los años 80 y comienzos de los 90 el monto ascendió verticalmente a más de 900 millones de dólares. Pero ese crecimiento debe atribuirse, más que a una mejora repentina de los ingresos de los migrantes salvadoreños, a la política de divisas diferenciada del gobierno salvadoreño. En 1991 legalizó casas de cambio de un mercado de divisas paralelo, volviendo visible una cantidad mucho mayor de las transferencias (Grandolini 1996: 14).

A pesar de que a partir de 1991 la tasa de crecimiento de las remesas tendió a decrecer, en 1994 la suma total fue de 865 millones, en 1995 llegó a los 956 millones y en 1996 sumó 990 millones de dólares, con lo cual representaron un 70 por ciento de los ingresos por exportación. En la segunda mitad de los años 70 las transferencias constituían el 1.3 por ciento de la composición del PIB, en los años 80 ascendieron al 3.4 por ciento, llegando a su punto culminante en 1992 y 1993 cuando alcanzaron el 9.8 por ciento del mismo (Grandolini 1996: 14/15; Inforpress Centroamericana del 9.1.1997: 8/9).

Resulta difícil pronosticar cómo se comportará en el futuro la corriente de transferencias proveniente de los EE.UU. Si bien la migración laboral salvadoreña arrastra consigo cierto monto de transnacionalización (véase abajo), debe suponerse que entre más duradera sea la estancia de los migrantes en los EE.UU., más decrecerá su ligazón con los miembros de la familia que se quedaron en el país, por lo que se sentirán cada vez menos obligados a ayudarles. A eso se debe agregar que el número de familiares que se deben ayudar disminuye debido la progresiva reunión de familias que se da en los EE.UU. Por otra parte, debemos suponer que la migración de salvadoreños hacia los EE.UU. continuará, por lo que es posible que las remesas que se reduzcan o cesen, sean sustituidas por las de los migrantes que recién arriban. No obstante, muchos observadores son de la opinión que a largo plazo, hay que suponer una disminución en términos absolutos de esa corriente de divisas.

Los efectos de las remesas en la economía salvadoreña son multifacéticos y resulta difícil hacer un balance de ellos. En los años 80 y 90 atenuaron el crecimiento de la pobreza y al mismo tiempo evitaban el colapso de la economía debido a la guerra. Más tarde, desde 1989 cuando ARENA con su concepción neoliberal de la economía en que llegó al gobierno, compensaron la minimización de los gastos públicos en el área de bienestar social (Krämer 1995; AID 1988; Romano 1997: 430). Con lo cual no queda duda sobre una cosa: las transferencias han tenido efectos estabilizadores. También influyeron de manera positiva en la balanza de pagos, aunque simultáneamente, al fortalecerse el poder adquisitivo de la población, se incrementó la demanda de bienes importados, por lo que la balanza comercial sufrió un impacto negativo (Krämer 1995; Krennerich/Nuscheler 1992). Mientras López y Seligson (1991) consideran que las remesas guardan un potencial de desarrollo, debido a que se dedican en forma mayoritaria pero no exclusiva al consumo, los críticos destacan el fortalecimiento de la demanda de productos importados y el crecimiento de la dependencia externa, en este caso del desarrollo del mercado de trabajo norteamericano y de la política migratoria de los EE.UU. (Romano 1997: 430).

2.2. Postguerra y neoliberalismo

Desde 1989, o a más tardar desde el final de la guerra (1992), se puede hablar de una renovada estabilización de la economía salvadoreña. Todavía en 1989 el PIB sólo creció en un 1 por ciento, pero ya para 1990 creció el 3.4 por ciento, en 1991 el 3.5 por ciento y en 1992 llegó al 4.6 por ciento (Zuvekas 1993: 12/13). El crecimiento económico fue sustentado ante todo por las remesas familiares y la industria maquiladora, que amplió al 40 por ciento su participación en el volumen global de las exportaciones salvadoreñas (Romano 1997: 429).

Sin embargo, la exclusión del proceso de producción de una parte grande de la población salvadoreña continuó dándose después de la guerra, debido a que las inversiones directas de los años 90 erigieron preferentemente empresas de capital intensivo. El sector industrial salvadoreño produce el 18 por ciento del PIB, pero sólo ofrece trabajo a menos del 5 por ciento de la población económicamente activa. En la actualidad en la industria de maquila, ante todo en la industria textil, se ganan la vida unos 60 000 trabajadores (Salazar Candel 1995: 177-180). Si bien de inmediato las maquilas aparecen como proveedoras de trabajo, ni siquiera se han comenzado a investigar "los mecanismos de desarraigo" que provocan, ni se debe esperar de ellas ningún efecto de *spill over*, transferencia de tecnología o desarrollo de las regiones de estructuras más débiles (Altenburg 1993: 246/47).

Preocupación particular producen las reducidas tasas de crecimiento que ha tenido la economía salvadoreña a partir de 1995, ya que debido a la redistribución marcadamente desigual existente y al crecimiento siempre elevado de la población, se vuelve necesario que esas tasas sean mucho más grandes, si no se quiere que las condiciones de vida de una gran parte de la población se deterioren de manera sustancial (Inforpress Centroamericana del 9.1.1997: 8). El reducido crecimiento del 3 por ciento en el año 1996 fue prácticamente absorbido por el crecimiento poblacional, que en 1994 fue del 2.2 por ciento (Melhado 1997). La orientación neoliberal de la política económica en los años 90 acentuó una vez más la ya de por sí excluyente estructura económica de El Salvador. Si bien se logró la estabilización de las variables macroeconómicas (p.e. la inflación), y se consolidaron las finanzas estatales, las medidas de ajuste estructural no fueron acompañadas en grado suficiente de programas sociales (Salazar Candel 1995: 185), como consecuencia de lo cual las condiciones de vida de una parte grande de la población se continuaron deteriorando.

Además, las medidas de ajuste le exigen al modelo del "Estado esbelto" una reducción inmediata de los empleados estatales, a la que se deben agregar los despidos producidos por la privatización de empresas anteriormente en manos del Estado (Krämer 1996: 174), lo cual puede haber ampliado la proporción de los inmigrantes provenientes de las capas medias. Finalmente, la absorción extremadamente insuficiente de la fuerza de trabajo en todos los sectores de la economía salvadoreña, también contribuye a la perpetuación de los procesos de migración, que entre tanto abarcan a todas las capas sociales.

El proceso de modernización económica de El Salvador, que en lo esencial se puede caracterizar por combinar una estructura agroexportadora con una industrialización basada en inversiones de capital relativamente intensivo, ha producido una multitud de desocupados y subempleados permanentes, que sólo en parte se han podido integrar a las nuevas relaciones de trabajo. El excedente de fuerza laboral producida, obligó desde muy temprano a que la porción de la población excluida aumentara su movilidad.

2.3. La demanda de fuerza de trabajo inmigrante en los EE.UU.

Para desarrollar su economía nacional, los Estados Unidos han recurrido una y otra vez a fuerza de trabajo extranjera. Esto no es válido únicamente para la fase de su política de colonización, la época de los pioneros y del "*wild west*", sino que vale en especial para la fase avanzada de la sociedad industrial, marcada desde hace buen rato por el fordismo. También esta última se apoyó en gran medida en la mano de obra inmigrante, que se hizo cargo de una parte significativa de los puestos de trabajo peor pagados y de menor status social, que no eran solicitados por la población nativa por parecerles poco atractivos (Martin 1993: 70-72).

Más o menos a principios de los años 70 comenzó en los EE.UU. el proceso de reestructuración de la economía. El cambio radical en la organización de la producción, causado por la microelectrónica, no sólo determinó la aparición y extensión de relaciones de trabajo nuevas y atípicas, sino que también modificó los perfiles de capacitación exigidos hasta entonces en el mercado de trabajo. Mientras que por una parte, la complejidad cada vez mayor de la producción produjo una demanda adicional de "resolvedores de problemas" altamente calificados, los así llamados "analistas de símbolos", por la otra, las actividades productivas propiamente dichas se despachaban mediante una multitud de "trabajos de rutina" (Reich 1993: 193/194). Y si bien el proceso productivo requiere en la actualidad más analistas de símbolos, la mayoría de los nuevos puestos de trabajo surgen en el campo de las actividades rutinarias, ante todo en el ámbito inferior de la prestación de servicios. Estos *jobs* son en general mal pagados, proporcionan un status social relativamente malo y casi no brindan posibilidades de ascenso o posibilidades de capacitación. En ese segmento de la economía es en el cual la mayor parte de la mano de obra inmigrante encuentra ocupación (Narr/Schubert 1994: 76; Parnreiter 1994: 59; Sassen 1988a: 127/128).

A pesar de que en el nivel del desarrollo cualitativo pudiera parecer demasiado simplificado hablar de una dualidad de los mercados de trabajo (Hirsch/Roth 1986: 136/137), lo que no se puede negar es que la capa media de obreros especializados, empleados de oficina de rango medio, etc., tiende lentamente a desaparecer (Sassen 1988a: 22 s.). En el ámbito de los ingresos y la distribución de bienes los procesos de concentración relativos se pueden constatar de manera unívoca. Sin embargo, no se debe considerar que éstos son una consecuencia exclusiva de la reestructuración, sino que también son estimulados por las transferencias que benefician a las capas poseedoras de capital, como p.e. pago de intereses y disminución de impuestos (Narr/Schubert 1994: 77). La creciente segmentación social se expresa en la lenta erosión de las capas medias (Narr/Schubert 1994: 74).

Las nuevas posibilidades de división de los procesos de producción, la estrategia de *outsourcing* y el uso cada vez más complejo de la tecnología, han conducido a un impresionante crecimiento del sector de prestación de servicios en la estructura económica de los EE.UU. Ya en 1993 el 72 por ciento de todos los trabajadores de ese país laboraban en ese sector (Altvater/Mahnkopf 1997: 281). Pero la prestación de servicios, por mucho el mayor motor que impulsa el crecimiento de la economía estadounidense, genera ante todo "jobs" en los extremos superiores e inferiores -según ingresos y status- de los grupos sociales. Entre 1960 y 1975, el crecimiento de la oferta de puestos de trabajo se desglosó así: 35 por ciento en los dos grupos superiores de ingresos, el 11.3 en los medios y 54 por ciento en los dos grupos de menores ingresos (Sassen 1988b: 86), tendencia que en los años 80 no sólo se prolongó, sino que se reforzó (Franke 1996: 58; Harrison/Bluestone 1988). A mediados de esa década la Oficina de Estadísticas Laborales pronosticó que durante los próximos diez años se crearían 4.6 millones de puestos de trabajo de salarios poco atractivos. Al observar con detenimiento los diez oficios de mayor crecimiento, que cubren el 26 por ciento del incremento total de los empleos, podemos apreciar que en su mayoría son actividades que no requieren de ninguna capacitación formal, como p.e. cajeras, porteros, personal de limpieza, meseros, camareras, etc. Y a mediados de los años 80 en ese sector, a pesar de la inmigración masiva de latinoamericanos y asiáticos, ya se podía detectar una escasez de fuerza de trabajo, que sólo se podría equilibrar mediante la inmigración de más mano de obra, debido a que la población trabajadora nativa no crece con suficiente rapidez (Muller 1992: 367-370).

El crecimiento económico y su inherente proceso de polarización socioestructural se da con particular severidad en las grandes ciudades. Debido a las transacciones de dinero casi instantáneas, y también debido a los traslados repentinos de los lugares de producción, los procesos económicos parecieran prescindir del espacio. Las particularidades de los lugares donde funcionan las instalaciones sólo parecieran jugar un papel secundario. Pero ahora como antes, esta igualación de los sitios debida al proceso de globalización tiene sus límites, que se manifiesta en el ordenamiento de ningún modo fortuito que tienen los nuevos lugares estratégicos de la producción transnacionalizada. Junto a las zonas de producción para la exportación, que continúan asentadas la mayor parte de las veces en Estados del Tercer Mundo, y los centros bancarios *Offshore*, que se ubican con preferencia en pequeños países que se pueden dar el lujo de no cobrar o casi no cobrar impuestos, las *global cities* constituyen ante todo los lugares estratégicos de la nueva economía mundial.

En el contexto de la dispersión espacial de la producción, simultánea a la integración de las instalaciones productivas mediante conexiones transnacionales, las *global cities* adquieren una importancia especial. Constituyen una red de empalmes o centros estratégicos que están en capacidad de cumplir las funciones de dirigir e integrar la producción dispersa por diversas regiones o países, funciones que cada vez se vuelven más importantes (Sassen 1996: 40).

En las descripciones habituales del moderno sector de prestación de servicios, se descuida el aspecto de la producción propiamente dicha. Por eso, para poder hacer afirmaciones válidas sobre el impacto de ese sector en crecimiento sobre el empleo, es imprescindible analizar con cuidado los trabajos concretos que deben realizarse para la elaboración del producto "prestación de servicio". En la producción de prestaciones de servicio altamente especializadas, no sólo juegan un papel importante las actividades de los "analistas de símbolos" mencionados con anterioridad. Dichos analistas trabajan en edificios, que primero deben ser construidos y a los cuales luego se les debe dar mantenimiento y aseo. Durante el receso del mediodía solicitan la prestación de servicios gastronómicos. En el trabajo conjunto con otras firmas, requieren la prestación de servicios de transporte. Precisamente en estas esferas inferiores de la economía de la información y de prestación de servicio de las grandes ciudades, ampliada por la prestación de servicios domiciliarios exigidos por una élite de altos ingresos, es en la que surgen una parte grande de las nuevas actividades rutinarias. Asimismo es en ellas que los inmigrantes encuentran un empleo, las más de las veces inseguro (Sassen 1996: 22-24).

La reconcentración espacial de las actividades económicas provoca la concentración de los inmigrantes. Mientras que en las 10 ciudades más grandes de los Estados Unidos sólo vive un 11 por ciento de la población autóctona, allí se han asentado el 40 por ciento de todos los inmigrantes llegados a ese país partir de los años 60 (Sassen 1988b: 82). La concentración de los migrantes latinoamericanos es todavía más marcada: en las cuatro grandes áreas urbanas de Nueva York, Los Angeles, Chicago, Miami, Houston y Orange County (Standard Metropolitan Statistical Areas, SMSAs), laboran 3.4 millones, o sea, el 40 por ciento de los trabajadores de origen hispano que hay en los EE.UU. Entre 1980 y 1987, formaron el 70 por ciento del crecimiento de la fuerza de trabajo en las ciudades mencionadas (Muller 1992: 361). Trabajan en una proporción muy grande en los empleos donde los salarios son menores. El 50 por ciento de los *hispanos* en Nueva York y el 56.8 por ciento en Los Angeles, son obreros de fábrica o prestan servicios. Las cifras correspondientes de la fuerza de trabajo de origen europeo ("*whites*") andan entre el 14.1 y el 20 por ciento (Sassen 1988b: 93). Teniendo en cuenta la tendencia general de la fuerza de trabajo estadounidense -reducción de la clase media, polarización de los ingresos y la riqueza, elevación de la tasa de pobreza, incluso entre quienes todavía disponen de trabajo (*working poor*)-, con la reestructuración de las relaciones laborales también se está propiciando el surgimiento de una nueva capa baja urbana, constituida predominantemente por minorías étnicas (Sassen 1988b; Franke 1996).

2.4. Los salvadoreños como capa baja urbana

Al igual que otros latinoamericanos, los salvadoreños domiciliados en los Estados Unidos muestran fuerte tendencia a la concentración. Los lugares preferidos por los inmigrantes han resultado ser las grandes ciudades. En la mitad de los años 80 la cantidad de los salvadoreños en los principales lugares de asentamiento, se calculaba así (Bailey/Hane 1995: 179/80):

Los Angeles	250.000 - 350.000
Washington, D.C.	80.000 - 150.000
Nueva York, San Francisco	60.000 - 100.000
Houston	30.000 - 60.000
Chicago, Nueva Orleans	20.000 - 40.000
Boston	20.000

Resulta notoria la concentración extrema de salvadoreños en el Los Angeles y su periferia. Esa ciudad se considera en los Estados Unidos como uno de los más destacados motores del crecimiento económico del país. Aquí las medidas de reestructuración han contribuido a que en los años 80, la tasa de crecimiento económico de California alcanzara el 8.8 por ciento. Se llegó a ella ante todo por medio de la realización de una diversificación exitosa, el cambio rápido de ramas industriales tradicionales en decadencia (como las del automóvil, el acero y el caucho) por nuevas ramas industriales de crecimiento acelerado (p.e. los bienes de consumo no duradero y la producción de alta tecnología). El sector de prestación de servicios fue uno de los que más rápidamente creció, en particular el vinculado con el comercio internacional, p.e. el mismo comercio al por mayor, pero también el transporte marítimo, la banca y los seguros.

La magnitud de la reestructuración se pone de manifiesto al contabilizar el crecimiento del número de empleados por sector. En 1972 el 64 por ciento de todos los trabajadores industriales todavía estaban ocupados en los sectores tradicionales, cifra que para 1983 había descendido al 56 por ciento. La diferencia había sido absorbida casi en su totalidad por el sector de la alta tecnología (Henton/Waldhorn 1988; Chinchilla y otros 1993: 51-54).

El cambio económico sufrido por la ciudad de Los Angeles, se puede describir como modelo del proceso de reestructuración económica, que ha llevado a que las *global cities* se hayan convertido en los nuevos sitios estratégicos de la economía mundial. Si tenemos en cuenta la inmensa demanda de fuerza de trabajo, la migración masiva hacia California, pero ante todo a Los Angeles, es una consecuencia lógica. Ya en 1980 Los Angeles (County) recibía aproximadamente una tercera parte del flujo total de inmigrantes indocumentados que llegaban a los Estados Unidos (Hamilton/Chinchilla 1996: 211). Hacia 1992 el porcentaje para toda California se puede estimar en 42.6 (cálculo propio con base en INS 1996: 179). Una cosa que se ha comprobado es que la inmigración irregular total se fue "californizando" cada vez más, habiéndose iniciado el flujo migratorio salvadoreño en un momento en que esa "californización" ya había alcanzado un nivel bastante elevado. El 60 por ciento de los salvadoreños viven en California. Constituyen después de los mexicanos, aunque por bastante distancia, el segundo "grupo latino" en ese Estado (Menjívar 1994: 374; Jonas Working Paper No. 7, s.a.: 7; Wallace 1987: 659). Del último censo de los EE.UU. se desprende que en Los Angeles County viven 253 086 salvadoreños (Hamilton/Chinchilla 1996: 211). Es de suponer que esa cifra es muy inferior a la verdadera cantidad de salvadoreños que viven en Los Angeles. Parece más realista otra valoración que estima en Los Angeles County hay de 300 000 a 500 000 salvadoreños (Jonas Working Paper No. 7, s.a.: 7).

El estudio diferenciado de la situación ocupacional de los salvadoreños en Houston, San Francisco y Los Angeles confirma la tesis de un proceso de "subproletarización". Encuestas empíricas documentan el hecho de que en esas ciudades los salvadoreños laboran de modo preferente en los segmentos que ofrecen puestos de trabajo mal pagados.

En Houston aproximadamente la mitad de los consultados estaban empleados en la construcción o en empresas industriales de acabado. El resto se ocupaba en todas las actividades de servicio imaginables, entre las cuales se destacaba de manera particular la prestación de servicios "personales" o domésticos con un 41.4 por ciento (Rodríguez 1987).

Debido a que en San Francisco la producción industrial casi no tiene ningún peso efectivo en la ocupación, la totalidad de los 40 salvadoreños encuestados respondió que estaba empleada en el segmento inferior del sector de prestación de servicios. En este caso el trabajo de la construcción está incluido en la prestación de servicios. La oferta abundante de puestos de trabajo en el sector terciario de la economía, que antes crecía con vigor, se ha contraído nuevamente debido a la recesión, por lo cual el desempleo en San Francisco ha ido creciendo (Menjívar 1994: 384).

De igual manera en Los Angeles la mayoría de los salvadoreños se ganan la vida realizando actividades manuales, trabajos de acabado o prestación de servicios, mal remunerados. Como por lo general no tienen sus papeles de residencia en orden y a menudo no pueden hablar bien el inglés, los salvadoreños con mejor capacitación tampoco tienen muchas oportunidades de obtener un puesto de trabajo más calificado y con mejor salario, dentro de la estructura, de por sí polarizada, del mercado de trabajo. Trabajan en las industrias textil y de muebles, en la construcción, en los hoteles y restaurantes (p.e. como lavaplatos y en lavanderías), o como porteros, jardineros, limpiadores de edificios, etc. (Hamilton/Chinchilla 1996: 211).

El número de salvadoreños también aumenta en el sector informal de Los Angeles. Se reúnen en determinados sitios públicos, para enrolarse como jornaleros, obteniendo así trabajo por uno o varios días. No obstante, la cuota de éxito en esta forma de "bolsa de trabajo" es bastante baja, ya que se estima que cada día únicamente un 20 por ciento de los "oferentes" obtienen una oportunidad de trabajo. A esto se agrega que precisamente esperar la llegada de un empleador potencial en un lugar fijo determinado, resulta peligroso, debido a que la Policía de Fronteras también los conoce y por tanto con frecuencia los controla. De ahí que sean aquellos inmigrantes que casi no disponen de contactos familiares o carecen de amistades, quienes deban recurrir a esta forma de buscar trabajo (Chinchilla y otros 1993: 62).

Otra forma bastante generalizada de la actividad informal es la venta en la calle. En Los Angeles está oficialmente prohibida, pero se lleva a cabo desde hace décadas y a mediados de los años 80 se extendió de manera impetuosa. Se vende la variedad usual de bienes de consumo baratos, tales como vestimenta, cassettes de música pop, adornos de fantasía, utensilios domésticos y víveres, verduras frescas, pero asimismo comida salvadoreña como tamales y chicharrones. Pero junto a ese comercio en la calle también florece una gran cantidad de otras ofertas de prestación de servicios informales, desde la reparación de calzado hasta labores de sastrería y costura. Por otra parte, en algunos barrios de Los Angeles hay muchos negocios de los cuales son propietarios salvadoreños, lo que a su vez aumenta la oferta de trabajo para los ciudadanos de ese país (Chinchilla y otros 1993: 62/63).

Debido a que los salvadoreños recién comenzaron a inmigrar de modo significativo en los Estados Unidos a partir de los años 80, no sufrieron mucho los efectos de los despidos provocados por la reestructuración industrial. Grandes cantidades de ellos fueron absorbidos por el sector de prestación de servicios (Rodríguez 1987: 6). No obstante, las tendencias recesivas en los EE.UU. impidieron que ascendieran profesionalmente, o incluso que se lograran insertar de modo profesional (Menjívar 1994: 383). A su vez, la estructura polarizada de los mercados de trabajo condicionó una ligera movilidad social descendente, comparada con las relaciones de trabajo existentes en su país de origen. A pesar de que los salvadoreños, debido a que por lo general cuentan con un mayor grado de formación, ocupan el doble número de *white-collar jobs* comparados, p.e. con los inmigrantes mexicanos, su participación en este tipo de puestos de trabajo es relativamente reducido, al grado que muchos maestros y obreros especializados se tienen que dar por satisfechos con desempeñar actividades auxiliares. No obstante su mejor capacitación, los salvadoreños no han logrado alcanzar un ingreso promedio superior al de los mexicanos, de manera que este grupo comprueba la tesis de que el mercado de trabajo estadounidense tiene una estructura segregada (Wallace 1987: 664 s.; Rodríguez 1987).

La dedicación a actividades informales es la respuesta que dan quienes luchan diariamente por sobrevivir, ante la elevada tasa de desempleo que existe entre los trabajadores migrantes: del Censo de 1980 se desprende que en el área de la *Central City West* de Los Angeles, una porción de la ciudad habitada en forma mayoritaria por migrantes y minorías étnicas, el 30 por ciento de la población estuvo desocupado por lo menos una vez en los años anteriores (Chinchilla y otros 1993: 63).

La difícil situación que hay respecto al empleo también se presenta en relación con la vivienda. Más del 97 por ciento de los migrantes centroamericanos comparten un cuarto con por lo menos otro adulto, y cuando menos el 60 por ciento de ellos forman grupos de tres o cuatro en una misma habitación. Debido al explosivo incremento de la inmigración en los años 80, también la satisfacción de otras necesidades básicas, como la salud y la educación, se ha deteriorado. Como consecuencia del progresivo deterioramiento de las condiciones socioeconómicas, en la *community* centroamericana ha crecido la violencia criminal y el consumo de drogas (Chinchilla y otros 1993). El incremento de la violencia ha tenido consecuencias fatales para la disposición psíquica, de por sí ya desolada, de quienes han quedado traumatizados por los brutales conflictos ocurridos en sus países de origen. A pesar de algunas ofertas de las organizaciones de ayuda, sólo han recibido un cuidado psicológico deficiente (Córdoba 1992: 195/96).

Los jóvenes son particularmente propensos a sentirse frustrados por las condiciones de pobreza. Por contraposición a la generación de sus padres, cuya mayor parte se socializó en condiciones de escasez en los países de donde provinieron, los jóvenes crecen en una sociedad opulenta, que contrasta de manera más aguda con las limitaciones de su propio standard de sobrevivencia. Una válvula de escape para la frustración y el carácter agresivo de los jóvenes, la constituye su afluencia creciente a las "maras" (pandillas juveniles), entre las cuales destaca por su tamaño la "mara salvatrucha", formada en su mayoría por salvadoreños. Entre el 2 y el 10 por ciento de los jóvenes son miembros de alguna pandilla juvenil. En la medida en que dichas pandillas han crecido, se ha elevado el potencial de violencia en Westlake: los jóvenes cometen del 15 al 20 por ciento de los homicidios. La violencia extrema que aflora en las guerras entre las pandillas es ante todo responsable de ellos (Chinchilla y otros 1993).

Los barrios West Lake y Pico Unión, preferidos por los salvadoreños y otros centroamericanos, se pueden tomar como ejemplos para ilustrar las tendencias de desarrollo propio de las llamadas *global cities*. El número de plazas disponibles para mano de obra no especializada ha descendido debido al fuerte aumento de la inmigración, con el consiguiente incremento del desempleo. Al elevarse la desocupación y la delincuencia, las familias de clase media y las que tienen su empleo asegurado se mudan hacia otros barrios, llevándose consigo una parte de las instituciones, tales como iglesias, escuelas, pero también negocios. La consecuencia es que en los barrios abandonados, la concentración del desempleo y la pobreza siguen en aumento; se produce una espiral de empobrecimiento de barrios enteros (Chinchilla y otros 1993: 54/55).

Todavía no tenemos claro cómo esta "pauperización" afecta en última instancia el comportamiento migratorio de los centroamericanos, ya que sobre la base de las indagaciones hechas hasta el momento resulta imposible hacer pronósticos sobre el posible retorno a sus países de esos migrantes. La decisión de regresar depende mucho del status de residencia, la duración de la permanencia alcanzada hasta el momento, los motivos originales de la migración, y la presencia o ausencia de miembros de la familia (Chinchilla/Hamilton 1997). Una gran parte de los encuestados, el 86 por ciento, opinaron que las condiciones para los inmigrantes en los EE.UU. habían empeorado. A su vez, una porción grande de éstos declararon que por el momento no aconsejarían a ningún miembro de su familia o amigo que migrara a los Estados Unidos, mientras que sólo unos pocos consideraron que las condiciones en ese país, a pesar de estar empeorando, siempre eran mejores que las posibilidades ofrecidas en los países de procedencia, y en consecuencia seguirían aconsejando emigrar. Debido a la aguda falta de empleo en los países de donde proceden y a la dependencia tan marcada de las remesas, todo parece indicar que no serán muchos los centroamericanos que regresarán a los lugares de donde emigraron (Chinchilla/Hamilton 1997: 8).

En resumen, con respecto a El Salvador y los EE.UU. el concepto de los mercados de trabajo complementarios se puede describir así: mientras que la orientación cada vez mayor hacia la exportación de la agricultura salvadoreña, completada con una forma específica de industrialización dependiente, y como es natural por el cuasi colapso de la economía salvadoreña durante la guerra, produjo una extrema sobreoferta de fuerza de trabajo, de la cual una parte considerable se puede considerar con disposición a emigrar, desde los años 70 el proceso de reestructuración económica en los EE.UU. provocó una demanda grande de fuerza de trabajo, dispuesta ante todo a realizar actividades no especializadas y mal remuneradas. Que esa demanda no es inagotable, lo muestra la desocupación creciente que se da entre la fuerza de trabajo inmigrante del tipo señalado. Las seducciones de vivir en los EE.UU. parecen ser tan grandes que, a pesar de las condiciones para asegurarse la existencia cada vez más difíciles que se dan en ese país, muchos migrantes la prefieren a la vida en El Salvador.

Al no tener en cuenta el aspecto de la complementariedad de los mercados de trabajo, los políticos estadounidenses encargados de los problemas migratorios y de refugiados, pueden sostener una discusión que baraja únicamente argumentos humanitarios y de costos. Pero como se hará evidente en el capítulo próximo, el conocimiento de que el desarrollo económico de los EE.UU. en lo sustancial también va a depender de futuras inmigraciones, ya se puede apreciar en la conformación de la actual política de migración, mientras que la política de refugiados ha estado marcada durante mucho tiempo por intereses estratégicos en el marco de la "guerra fría".

2.5. Política de los EE.UU. para refugiados e inmigrantes

Durante los años 80 las posibilidades que los salvadoreños tenían de legalizar su estancia en los EE.UU, ya sea a través de los procedimientos individuales de asilo o por medio de la amnistía prevista en la reforma migratoria de 1986 (véase abajo), o bien por el reconocimiento de refugiados de guerra que se le otorgaba a ciertos grupos, eran muy limitadas. De manera que la mayoría de los salvadoreños se tenía que movilizar de manera discreta por todo el país como inmigrante irregular, y tuvo que vivir con el temor permanente a ser detenido y expulsado hacia su lugar de origen.

Durante la presidencia de Ronald Reagan, la política exterior de los EE.UU. entró en una fase que bien se puede llamar "la nueva guerra fría" (Jonas 1996a: 6). Esto condujo a un trato particularmente ideológico y discriminatorio para la totalidad de los refugiados centroamericanos (Loescher/Scanlan 1986; Weiss Fagen 1988). La victoria de los sandinistas en Nicaragua y los levantamientos que ese hecho inspiró en El Salvador y Guatemala, reforzaron el temor en los EE.UU. de tener que enfrentar en el futuro en Centroamérica, un bloque de Estados hostil influido por los soviéticos. Para evitar esa situación, ya bajo el Presidente Carter se renovó o se incrementó la ayuda económica y militar a los regímenes aliados del istmo. Hacia finales de 1980 los EE.UU. enviaron asesores militares a El Salvador, a pesar de que el Congreso todavía no había dado la autorización correspondiente (Krämer 1995: 73; Eguizábal 1993: 171/72).

La política exterior de los EE.UU. legitimaba a los regímenes de América Central, por lo que desde un comienzo los refugiados centroamericanos quedaron desacreditados. Sólo a aquellos refugiados 'útiles' se les otorgaba en la práctica el status de refugiado y asilado (Loescher/Scanlan 1986). Es decir, sólo a aquellos que huían de Estados socialistas, que mostraban lo insostenible de las condiciones de vida en los regímenes estatales socialistas, totalitarios. Si se hubiera reconocido a los salvadoreños como perseguidos políticos, se hubiera estado muy cerca de condenar al régimen salvadoreño, debilitando su legitimidad.

No obstante, el cálculo político permanente imperante en la Casa Blanca, entró en contradicción con el *Refugee Act*, aprobado por el Congreso de los Estados Unidos en 1980, el cual señalaba de manera expresa que personas de los Estados no-comunistas también podían ser reconocidos como refugiados políticos. De modo simultáneo, en el marco de esa ley para los refugiados, se establecieron cuotas que reservaban la porción más grande de los contingentes de refugiados para la gente que huía de los enemigos del sistema. Por ejemplo, en 1982, la de por sí baja cuota para América Latina, 3 000 refugiados, sólo se llenó poco menos de una quinta parte, 579, de lo cuales casi todos, 577 del total, eran cubanos (Loescher/Scanlan 1986: 214/215).

Al igual que otros centroamericanos, con excepción de los nicaragienses, a los salvadoreños se les dificultó mucho el reconocimiento de su calidad de refugiados (Jonas 1996a: 6). En 1984 de 13 373 peticiones de asilo presentadas por salvadoreños, sólo fueron aprobadas 328. Eso representa una cuota menor del 2.5 por ciento. Por comparación, en el mismo año la cuota de solicitudes búlgaras aprobadas fue del 52 por ciento, la de rusos del 51 por ciento, la de húngaros de un 28 por ciento (Loescher/Scanlan 1986: 215). Durante los años 80 el número de refugiados salvadoreños aceptados fue muy bajo. En 1985 fue de 166, en 1986 de 289 y en 1987 bajó otra vez a 172. Fue hasta 1990 y 1991 que sufrió un ascenso muy rápido pasando de 245 a 1 249 (INS 1996: 90).

Durante los años 80 tampoco en el Congreso se hicieron mejoras sustanciales en relación al status jurídico de los salvadoreños. La opinión prevaleciente a finales de los años 70 durante el régimen de Carter, de que era necesaria una apertura humanitaria de la política de refugiados, desembocó finalmente en el *Refugee Act* de 1980, que ese mismo año fue sometido a una dura prueba por el éxodo masivo de 130 000 cubanos. Por eso, si bien dicho decreto no se volvió obsoleto en los años 80, el Congreso, prevenido por el rápido crecimiento de los refugiados que llegaban al país, no abogó a la ligera por otorgar el status de refugiado a grupos enteros, y reservó el status de asilado político para quienes pudieran comprobar persecución individual. El momento en que comenzó el éxodo salvadoreño fue además desfavorable, porque los EE.UU. vivieron un período de recesión económica precisamente a principios de los años 80, lo cual desató una clamorosa polémica sobre los costos de la inmigración (Loescher/Scanlan 1986: 189). A pesar de todo, en el Congreso se criticó las oportunidades desiguales de los solicitantes de distintas nacionalidades, y en 1983 se propuso que por razones humanitarias a los salvadoreños que buscaban asilo, se les otorgara el status de permanencia "*Extended Voluntary Departure*" (EVD) (Loescher/Scanlan 1986: 196). Con ello, los salvadoreños obtendrían un permiso de residencia a plazo fijo, que podía ser revocado en cualquier momento, pero que también incluiría el permiso para trabajar. Y más importante: quedarían protegidos de la deportación, que a principios de los 80 alcanzaba mensualmente entre 300 y 500 personas. No obstante, el gobierno se opuso a la propuesta del Congreso y continuó con su política de detener y expulsar a los refugiados provenientes de El Salvador (Weiss Fagen 1988: 66; Loescher/Scanlan 1986: 193).

Los salvadoreños sólo lograron obtener un permiso de residencia seguro, aunque temporal, en 1990, cuando entró en vigencia la Ley de Inmigración y Nacionalidad (*Immigration and Nationality Act*). En dicha ley se estableció el compromiso de otorgarles otro permiso de residencia temporal, el *Temporary Protected Status* (TPS), con una duración de 18 meses y prorrogable. Los refugiados provenientes de El Salvador se beneficiaron de esta regulación hasta 1995 (Jonas 1996a; Churgin 1996: 320). A solicitud de representantes del gobierno salvadoreño a comienzos de 1996, el gobierno de los EE.UU. la prolongó hasta el 30 de abril de ese mismo año. El régimen salvadoreño temía una catástrofe económica en caso de una deportación masiva de sus conciudadanos (Inforpress Centroamericana del 18.1.1996: 13).

Los salvadoreños obtuvieron un apoyo muy amplio a través de las Iglesias, las cuales al otorgar el asilo eclesial (*sanctuary*) arriesgaron a que sus propios colaboradores fueran detenidos. A principios de los años 90 la asociación de "Iglesias Bautistas Americanas" interpuso ante la Corte Suprema Federal una demanda, que logró la reapertura, en condiciones más ecuánimes, de los procedimientos de asilo ya clausurados. Todos los salvadoreños que se encontraban en los EE.UU. antes del 19 de septiembre de 1990, obtuvieron la posibilidad de presentar una vez más la petición de asilo. No obstante, sólo el 55 por ciento de los salvadoreños con status de residencia incierto, aprovechó la oportunidad que le proporcionó este procedimiento, conocido por las siglas ABC (*American Baptist Churches*) para presentar una nueva solicitud de asilo (Churgin 1996: 321; Jonas 1996a: 17; Inforpress Centroamericana del 18.1.1996: 13). Tanto el flujo limitado de la información, el temor de tener que proporcionar a los funcionarios de migración el lugar exacto de su domicilio, y la presunción de que también en esta ocasión la cuota de peticiones de asilo aprobadas no sería muy elevada, contribuyeron a que la participación fuese escasa. Sin embargo, al menos la última presunción fue equivocada, ya que en el marco del ABC la cuota de solicitudes aceptadas se elevó del 3 al 28 por ciento. Pero los solicitantes salvadoreños tuvieron que sufrir otra discriminación por parte de los funcionarios de migración, al cobrárseles derechos excesivos por la solicitud. En efecto, los salvadoreños pagaban unos 408 dólares por persona, mientras que p.e. a los kuwaitis, libaneses o liberianos únicamente se les solicitaban 50 dólares (Menjívar 1994: 382).

Las leyes secundarias de la Ley de Inmigración que tienen como objetivo principal reducir la inmigración irregular, se aprobaron en agosto de 1996, entraron en vigencia en abril de 1997, y afectaron de manera especial a los salvadoreños. Dichas leyes ordenaron a todos los inmigrantes "ilegales" que legalizaran su permiso de residencia entre el 10 de abril y el 30 de septiembre de 1997. Esto significó que en ese período, o bien deberían haber obtenido un permiso de trabajo o una visa, o bien deberían haber presentado una solicitud de inmigración o una petición de asilo político (La Prensa Gráfica del 2.4.1997, edic. Internet). Los inmigrantes que permanecieran en los EE.UU. por más de seis meses sin arreglar sus papeles, podrían ser deportados y se les prohibiría su reingreso durante tres años. A los que vivieran en forma irregular por más de un año se les podría prohibir el reingreso por un período de 10 años. Los inmigrantes deportados, que intentaran traspasar irregularmente la frontera una vez más, se les prohibiría el ingreso legal a los EE.UU. de por vida. Antes esa prohibición era de cinco años.

Pero también los requisitos para las solicitudes de asilo se han hecho más estrictos. Si bien antes el período de tiempo dentro del cual el inmigrante podía solicitar asilo era indeterminado, en la actualidad se ha restringido a un año. Esto golpea de manera especial a quienes viven en forma irregular en los EE.UU. desde hace mucho tiempo, tal vez se han casado con una inmigrante legal o sus hijos han nacido en los EE.UU., teniendo por tanto la ciudadanía de ese país. Si hasta el momento se les toleraba e incluso tenían oportunidad de obtener un permiso de trabajo, ahora debían comprobar que habían vivido desde hacía 10 años (antes 7 años) en los EE.UU., o que su expulsión produciría un "daño muy fuerte" para un familiar en primer grado, ciudadano norteamericano (estadounidense). En todo caso, el número de personas colocadas en esa situación sólo alcanza un total de 4 000 por año, cuota que se debe considerar en extremo reducida, mayormente si se tiene en cuenta que ya en abril de 1997 se había agotado la correspondiente a ese año (Süddeutsche Zeitung del 3.4.1997; La Prensa Gráfica del 2.4.97, edic. Internet).

La intención primordial de esta nueva ofensiva para contener la inmigración irregular, consiste en el aumento de la soberanía estatal, es decir, del control de las fronteras exteriores de los EE.UU. Como efecto secundario se tiene una "ilegalización" cada vez más grande de los migrantes sin documentación, gracias a las mayores facilidades para expulsarlos y a la penalización más severa de quienes cruzan la frontera de manera irregular. Con lo cual, los trabajadores ilegales quedan todavía más indefensos ante los intereses de sus empleadores. En la época de la globalización y el desmantelamiento parcial del Estado, este rearme en la "batalla por la frontera" corresponde a un intento de reconsolidar la soberanía del Estado nacional en uno de sus últimos bastiones (Rogríguez 1996).

El gobierno salvadoreño se encontraba tan preocupado por las deportaciones en masa de sus ciudadanos, que el Presidente Calderón Sol las designó como un "drama humano" que se abatía sobre los indocumentados que vivían en los EE.UU. (Süddeutsche Zeitung del 3.4.1997). En diciembre de 1996 ya había obtenido del vicepresidente norteamericano Al Gore, la promesa de que no se darían deportaciones masivas de salvadoreños (El Diario de Hoy del 9.12.1996, edic. Internet).

Si la política de refugiados de los EE.UU. en los años 80 era bastante dependiente de concepciones de política exterior, los procesos políticos dentro del contexto total de la política migratoria estadounidense están bastante marcados por los resultados de discusiones de política interior y temas económicos. Los objetivos esenciales de la política migratoria, como lo señalamos más arriba, son la recuperación del control estatal de la migración y la garantía de que el flujo de fuerza de trabajo inmigrante sea suficiente, lo cual se puede comprobar con facilidad en la configuración de la Ley de Reforma y Control de la Inmigración (*Immigration Reform and Control Act - IRCA*) de 1986. Mientras que en dicha ley, por una parte, se contemplaban medidas para reducir la inmigración de los "ilegales", tales como la introducción de multas para los empleadores de fuerza de trabajo "ilegal" y un rearme considerable de las patrullas fronterizas, por la otra, se garantizaba la cobertura de una demanda específica de fuerza de trabajo, p.e. en la agricultura. Muchos inmigrantes sin documentos, que habían permanecido en los EE.UU. de modo ininterrumpido desde 1982, obtuvieron la posibilidad de legalizar su residencia a través de esa ley. Según datos proporcionados por las autoridades migratorias de los Estados Unidos hasta el año 1990 se habían presentado 1 762 143 solicitudes de legalización. De ellas 1 230 457 eran de mexicanos, cantidad que por sí sola manifiesta el predominio mexicano en la inmigración irregular. Además, a los trabajadores agrícolas por temporada que hubiesen laborado por lo menos 90 días en los EE.UU. durante los años 1984, 1985 o 1986, se les otorgó un permiso de residencia especial. También entre éstos fueron mayoría los mexicanos, contando con 1 millón de un total 1.2 millones de solicitudes (Papademetriou 1996: 362; Corona Vázquez 1993: 222). Las cuotas de admisión de estos programas fueron excepcionalmente elevadas: por medio de esta campaña de legalización le fueron otorgados status de permanencia legal a 2.7 millones de inmigrantes irregulares (Martin 1995). Para los salvadoreños las posibilidades de legalizarse por medio de la IRCA fueron limitadas, ya que sólo una parte de ellos había entrado a los EE.UU. antes de 1982. Y si bien cerca de 150 000 salvadoreños pudieron legalizar su permanencia por esa vía (Siri 1996), según cálculos de las autoridades de migración el 60 por ciento de los salvadoreños continuaron manteniendo el status de irregulares (Menjívar 1994: 382, 393).

Existió y todavía se da una controversia sobre el éxito alcanzado con la implementación de la IRCA, en relación con la contención de la inmigración irregular proveniente de América Latina. No obstante, pareciera razonable suponer que sus efectos fueron limitados y pasajeros, ya que las estadísticas de las autoridades de inmigración nos proporcionan desde 1990, tantas detenciones de inmigrantes latinoamericanos irregulares, como las existentes antes de que entrara en vigencia la mencionada ley (Rodríguez 1996: 31). Lo que parece ser válido para la inmigración irregular latinoamericana en su conjunto, Montes (1990) lo comprueba en el caso particular de El Salvador. Si con la entrada en vigencia de la IRCA se puso de manifiesto un retroceso pequeño del éxodo salvadoreño, la emigración hacia los EE.UU. creció nuevamente poco después, alcanzando los niveles anteriores y llegando incluso a sobrepasarlo ligeramente. Tan pronto como las nuevas condiciones se habían extendido de modo adecuado y las nuevas tarifas pagadas a los contrabandistas de gente se volvieron aceptables, la magnitud del movimiento migratorio se "normalizó" (Montes 1990: 12).

Mientras la ley de inmigración de 1986 todavía tenía rasgos ambivalentes, ya que debía tanto frenar la inmigración irregular como promover una inmigración marcadamente selectiva, en la Ley de Inmigración (*Immigration Act*) de 1990 se reflejaron los acelerados debates sobre la globalización y el desarrollo demográfico, conformando una ley unívocamente promotora -pero también selectiva- de la inmigración. La discusión sobre las facilidades de la inmigración se abrieron paso gracias a tres factores: 1) La preocupación causada por una tasa de mortalidad permanentemente superior a la de natalidad, con todas sus consecuencias bien conocidas: envejecimiento de la población, disminución porcentual de la población económicamente activa, etc. 2) El reconocimiento de que la economía de los EE.UU., orientada estructuralmente hacia la ampliación del sector de prestación de servicios, no iba a poder disponer en el futuro de una reserva suficiente de obreros industriales. 3) La comprobación hecha por algunos de los mejores institutos de investigación de los EE.UU., sobre la escasez de la mano de obra al nivel del salario mínimo, y el considerable déficit educacional y de capacitación existente entre los trabajadores norteamericanos. Si bien la Ley de Inmigración de 1990 acentuó la reagrupación familiar, reservando cuatro quintas partes de todas las visas para esta finalidad, aumentó al mismo tiempo el número de visas para trabajadores migrantes de 54 000 a 140 000 (Papademetriou 1996).

2.6. Consolidación del sistema transnacional de migración 'El Salvador-EE.UU.'

Redes de solidaridad salvadoreñas

Los "puentes" quizás más decisivos para la continuidad del movimiento migratorio entre la sociedad de donde proviene y la sociedad a la que llega, son quizás las llamadas "redes de solidaridad social". Precisamente la más reciente investigación sobre migraciones, ha colocado el papel de las redes de solidaridad, basadas en vínculos familiares, de amistad o de proveniencia común, en el punto central de su enfoque. Redes de solidaridad personales o sociales surgen de manera inmediata del contacto entre grupos primarios (Boyd 1989: 639/40). Las redes de solidaridad sociales proporcionan una explicación parcial al hecho de que la migración perdure, a pesar de que sus causas inmediatas hayan perdido relevancia (Boyd 1989: 661).

Las redes de solidaridad se pueden llamar "motores de la migración", debido a que ponen a disposición para la continuidad de los flujos migratorios, información valiosa y sitios de ayuda importantes, y también se pueden considerar como "timones de la migración", debido a que se encuentran asentadas en lugares concretos, es decir, vinculan entre sí a distintos lugares, influyendo notablemente de esa manera en la dirección de los procesos migratorios. Precisamente en el fenómeno migratorio salvadoreño-estadounidense, las redes de solidaridad tienen un significado muy grande, debido a que los migrantes, comparados p.e. con los mexicanos, deben recorrer una ruta bastante más larga, debiendo atravesar en su viaje varias fronteras. Año con año el gobierno de los Estados Unidos vigila con mayor rigor su frontera común con México, lo que trae como consecuencia que los migrantes, cada vez con mayor frecuencia, tratan de pasar la frontera por lugares donde su vida corre peligro. Sólo en los primeros 45 días del año 1997, murieron 19 mexicanos en el segmento de la frontera entre México y California (La Jornada, del 1.4.1997, edic. Internet).

El viaje hacia la tierra prometida tiene costos elevados. Junto a los costos de transporte propiamente dichos, viene la cantidad de dólares que se le deben pagar a los 'polleros' o 'coyotes', encargados de dirigir y organizar el traslado ilegal. Las posibilidades de ganar en El Salvador el dinero suficiente para tal fin son tan limitadas, que muchos migrantes se ven obligados a que familiares o amigos, que ya viven en EE.UU. y disponen allí cuando menos de un ingreso en cierto modo regular, les adelanten el dinero para el pasaje (Menjívar 1994: 379). Lo apretado del presupuesto para el viaje se pone de manifiesto en el medio de transporte que se escoge: únicamente una quinta parte de los salvadoreños ingresaron en los EE.UU. por avión. El resto viajó en buses, automóviles y el 25 por ciento tuvo que andar a pie cuando menos una parte del camino (Menjívar 1994: 378). Entre más lento sea el medio de transporte y más reducida la dotación financiera puesta a disposición por los compañeros de la red de solidaridad, más probable es que el trayecto entre El Salvador y los EE.UU. tenga que hacerse con interrupciones. Los migrantes se ven obligados a desplazarse por "etapas", ya que entretanto deben ganarse una y otra vez su sustento y, si no quieren hacer todo el recorrido a pie, lo necesario para costear su movilización (Aguayo 1985: 44). Menjívar (1994) pudo comprobar que el 52 por ciento de los encuestados habían hecho el viaje "por etapas". Sin embargo, destaca el hecho de que sólo una parte de los migrantes habían trabajado durante las interrupciones obligadas. La mayoría prefirió esperar hasta que sus familiares o amigos en el norte les enviaran ayuda adicional para cubrir los costos del viaje (Menjívar 1994: 379).

Las trampas en las cuales los migrantes pueden caer durante su viaje son múltiples y variadas.

Para poder aumentar la probabilidad de llegar a la meta, se requiere la mayor cantidad de información posible sobre asuntos migratorios, la cual se obtiene las más de las veces a través de las redes de solidaridad. De esa manera, en la actualidad casi no se puede encontrar a un migrante ilegal que esté desinformado. En un estudio el 100 por ciento de los salvadoreños interrogados admitieron haber recibido información a través de las redes de apoyo, y el 85 por ciento de ellos conocían a un amigo o familiar del cual podían obtener información o ayuda adicional importante (Menjívar 1994: 377/78).

Las redes de solidaridad no sólo son inmensamente importantes como fuentes de información y financiamiento durante el viaje, sino también para la inserción una vez llegado al lugar de destino. Hamilton y Chinchilla han investigado en distintos estudios las redes de solidaridad de los migrantes centroamericanos. Según ellos, entre el 55 y el 75 por ciento de los centroamericanos encuestados, una vez llegados a los EE.UU., han contado con alguna forma de apoyo por parte de familiares o amigos. Las categorías de ayuda recibida presentan el cuadro siguiente: el 66 por ciento de los inmigrantes obtuvieron a través de sus contactos sociales una vivienda, el 47 por ciento recibió apoyo financiero. El 40 por ciento de los interrogados admitieron que desde su arribo, habían llegado a los EE.UU. otros miembros de su familia y el 48 por ciento contaba con que eso sucedería en el futuro. Sorpresivamente reducida -sólo el 37 por ciento- pareciera la parte de los encuestados que declaró haber recibido también ayuda de miembros de su familia o amigos en la búsqueda de trabajo. Ese bajo porcentaje pudiera indicar que también para los inmigrantes irregulares, la búsqueda de trabajo se ha vuelto más difícil (Hamilton/Chinchilla 1996: 210; Chinchilla y otros 1993: 60). Sin embargo, los datos en su conjunto subrayan el hecho de que los recursos de las redes de apoyo facilitan de modo decisivo el desplazamiento de una parte grande de los inmigrantes.

Pero la solidaridad dentro de las redes de apoyo a la migración se sobrestima o idealiza con frecuencia. Se puede confirmar que las redes de apoyo salvadoreñas, padecen a menudo "trastornos funcionales", tan pronto como han llegado a los Estados Unidos los 'rezagados' (Menjívar 1994: 372/73). La causa principal de este fenómeno son las condiciones de pobreza en que deben sobrevivir muchos de los salvadoreños en los EE.UU. Debido a que casi no hay programas de ayuda, a que la competencia en los mercados de trabajo secundarios se ha agudizado debido al crecimiento de la inmigración, a que los recursos comunales se han hecho más escasos, a que la vivienda se encuentra saturada y encarecida, a la angustia más o menos permanente de la deportación y las experiencias en parte traumáticas de la guerra civil, no debe extrañar que las redes de apoyo familiares de muchos salvadoreños se encuentren sometidas a una carga extremadamente pesada, y que algunos vínculos familiares se puedan romper (Menjívar 1994: 388-91).

Pero no sólo los problemas económicos y la ilegalidad de la permanencia pueden conducir a tensiones extremas que lleven a la ruptura de relaciones. Las discrepancias entre los que ya viven desde hace bastante tiempo en los EE.UU. y los miembros de la familia recién llegados, también surgen debido al extrañamiento provocado por la cultura cotidiana. Pautas de comportamiento que se dan por supuesto en la sociedad de donde se proviene, p.e., el comportamiento reservado de modo específico a cada uno de los sexos, la relación autoritaria tradicional de los padres a los hijos, etc., se modifican constantemente debido a la residencia permanente en los EE.UU. El comportamiento que diverge de lo conocido, no lo aceptan los familiares o amigos que inmigran más tarde (Menjívar 1994: 388-91).

Las redes de solidaridad de los inmigrantes no son "refugios" donde se proporciona toda clase de ayuda en forma ilimitada, sino que constituyen el marco inmediato de la lucha por la sobrevivencia en el extranjero. Por otra parte no se debe pasar por alto que lo que posibilita el "funcionamiento" de las redes de solidaridad es la emocionalidad provocada por lazos que promueven la identidad, sean de tipo familiar o amistoso, o basados en el origen común local, nacional o incluso regional (centroamericano).

'Comunidades' centroamericanas

La palabra *community*, que muchas veces se utiliza para describir el grado de organización de los grupos inmigrantes, tiene en las investigaciones sobre migraciones varios significados. Además, muchas veces se usan más o menos como sinónimos los términos "red de solidaridad social" y *community*. No existen definiciones rigurosas que faciliten la comprensión del concepto *community*. Qué constituye la *community* por encima de la mera existencia de redes de solidaridad social relativamente densas? El surgimiento de una comunidad de inmigrantes se puede describir como un proceso de institucionalización construido sobre la existencia de redes de solidaridad social de inmigrantes. En el transcurso de la consolidación de las condiciones de vida (p.e. mayor seguridad económica, la legalización del status de residencia, etc.), a los contactos familiares y de amistad de carácter privado, se asocian algunas organizaciones oficiales o asociaciones con intereses específicos. De esa manera pueden formarse partidos políticos, organizaciones de autoayuda, medios informativos, asociaciones deportivas o promotoras de eventos culturales (Córdoba 1992: 187/88).

Las opiniones sobre si los inmigrantes salvadoreños o centroamericanos en Los Angeles, Washington o cualquiera de las otras ciudades preferidas por ellos, viven o no en una *community*, es decir, qué sólida es su cohesión, etc., se dividen debido a la imprecisión conceptual ya mencionada, a la cual se asocia la selección arbitraria de los indicadores que se utilizan en la investigación. Si bien los salvadoreños constituyen una parte muy grande de la población centroamericana en los EE.UU., esto no parece haber contribuido a que hayan erigido sus comunidades sobre una base de pertenencia nacional. La mayor parte de las organizaciones tienen colaboradores centroamericanos y trabajan con un enfoque centroamericano. Hasta en aquellos lugares en que hay mayoría salvadoreña, se ha comprendido la necesidad de tener una perspectiva centroamericana y se han sacado las debidas consecuencias. De esa manera el Comité de Refugiados Salvadoreños (*Salvadorean Refugee Committee*) fundado en 1981, fue renombrado poco tiempo después Comité de Refugiados Centroamericanos (*Central American Refugee Committee*, 1982).

El proceso de "construcción de la comunidad" (*community-building*), se hizo más difícil por el hecho de que la polarización política entre los simpatizantes de la guerrilla y quienes apoyaban al gobierno de El Salvador, se reprodujo entre los "exilados" en los EE.UU. (Lipski 1986: 95). Sin embargo, la polarización extrema no era una característica específica de los refugiados salvadoreños, sino que era común a todos los migrantes de los Estados centroamericanos (Córdoba 1992). Además, una vez terminada la guerra se dio un amplio proceso de despolitización, de manera que a este respecto la incidencia de las opiniones políticas ha ido perdiendo peso.

El caso de la *community* en San Francisco nos muestra que los éxitos de los salvadoreños en cuanto a su propia organización todavía son muy limitados. Tal como se puede apreciar en las organizaciones de ayuda para los refugiados, su expresión institucional, los inmigrantes salvadoreños que llegaron a los Estados Unidos antes del éxodo de los años 80, casi no tienen presencia en la *community* centroamericana. Pero este hecho no es válido sólo para los salvadoreños, sino para la participación de los inmigrantes centroamericanos en su totalidad. Las élites centroamericanas han mantenido tradicionalmente relaciones estrechas con los EE.UU., se hallan habituadas a su estilo de vida, una buena parte de ellas se ha socializado en ese país por haber estudiado en colegios o universidades norteamericanas, y además tienen pocos intereses comunes con la mayor parte de la población de sus respectivos países en Centroamérica. Su separatismo corresponde simplemente a una situación que ya existe dentro de cada uno de los Estados centroamericanos (Córdoba 1992: 185/86).

Fue preferentemente una pequeña parte de los refugiados de los últimos años 70 y los años 80, la que se afilió a las organizaciones de apoyo a los refugiados. Muchos salvadoreños se mantienen alejados de las organizaciones políticas por temor a las represalias contra sus familiares que se han quedado en El Salvador. Por otra parte, la mayoría de ellos está abrumada por la tarea de asegurar su sustento diario, de manera que sencillamente carecen de tiempo para eventos culturales o políticos. A pesar de que San Francisco es la ciudad en los EE.UU. con más antigua tradición de inmigración salvadoreña, pareciera que el grupo de salvadoreños asentados en ella todavía no cuenta con estructuras comunitarias sólidas y perdurables. Si bien se ha pasado de la mera existencia de redes de solidaridad a la conformación de organizaciones de apoyo y autoayuda, muchos de los inmigrantes rompen contacto con ellas en el momento en que ya no las necesitan (Menjívar 1994: 387/88).

Otra causa responsable de la reducida participación de los refugiados centroamericanos en las organizaciones políticas durante los años 80, era la esperanza que muchos tenían de poder regresar a sus países de origen, en caso de que la situación política y económica mejorara (Córdoba 1992: 188). Sin embargo, investigaciones más recientes muestran que la pacificación política de esos países no ha sido acompañada de una estabilización económica, de manera que las ambiciones de retorno de muchos migrantes centroamericanos se han ido evaporando. De 300 personas entrevistadas, el 50 por ciento admitió que desearía permanecer en los EE.UU., mientras en el momento de su llegada sólo el 12 por ciento había expresado esa opinión. Casi el 40 por ciento de los que en un comienzo habían dicho que sólo querían permanecer en los EE.UU. por un tiempo determinado, ahora planean una permanencia más prolongada (Chinchilla/Hamilton 1997: 2).

La organización centroamericana de autoayuda más importante es el antiguo *Central American Refugee Center*, en la actualidad *Central American Resource Center* (CARECEN), cuya sede central se encuentra en Los Angeles. Es cofundadora del *Central American National Network* (CARNET), que a su vez comprende unas 38 organizaciones de refugiados y de base en todos los EE.UU. (Córdoba 1992: 190). Junto con las actividades propias para los refugiados, como asesoría jurídica y representación legal de los refugiados en los trámites de asilo, servicios de salud y alimentación en casos de emergencia, etc., se ha desarrollado como eje programático de la organización la colaboración en proyectos de largo plazo, con la meta de fortalecer la *community* centroamericana (Hamilton/Chinchilla 1996: 218). Este cambio en los objetivos políticos se concreta en la promoción de programas para la capacitación profesional, así como en una colaboración más estrecha con la municipalidad de Los Angeles, conjuntamente con la cual fue elaborado un proyecto para mejorar la protección legal de los jornaleros (Chinchilla y otros 1993: 71). También se da mucha atención a la reconstrucción de los países centroamericanos. CARECEN trabaja conjuntamente con la Universidad de El Salvador (UES) en un programa de intercambio científico. Científicos investigan y enseñan en la UES, y se ponen a disposición de sus estudiantes becas para que hagan estudios en universidades norteamericanas (Hamilton/Chinchilla 1996: 218).

En el ámbito de la política de refugiados CARECEN, trabaja conjuntamente con otras organizaciones como EL RESCATE, proyecto ecuménico de la Iglesia que ante todo daba protección jurídica a los refugiados, y CRECE, Comité de Refugiados Centroamericanos. Se puede decir que tuvo un éxito relativo, al menos en el nivel comunal. Si bien a mediados de los años 80 el debate en Los Angeles en torno a la petición de nombrar "*Cities of Refugee*" a algunas ciudades, se resolvió de modo negativo, la publicidad generada en torno al mismo obligó a que el alcalde Tom Bradley creara en 1986 un comité, dedicado a tratar de manera exclusiva el problema de los refugiados centroamericanos (Chinchilla y otros 1993). De hecho, algunas ciudades de la San Francisco Bay Area fueron declaradas "ciudades de refugiados", lo que sin embargo se debe interpretar más bien como un acto simbólico, ya que lo único que se hizo fue quitarle a las autoridades de migración el apoyo que recibían para hacer las redadas de inmigrantes irregulares (Córdoba 1992: 190/91).

Otro ejemplo de organización propia de los centroamericanos lo constituye la *Association of Street Vendors* en Los Angeles. Tal como ya lo hemos manifestado, la venta en las calles significa para muchos centroamericanos una fuente de ingreso necesaria para su subsistencia. El hecho de que en Los Angeles se prohibiera legalmente esa forma de actividad comercial, motivó que los afectados fundaran una sociedad de intereses. Mediante un trabajo de cabildeo intenso, lograron que por lo menos en algunos sectores de la ciudad se permitiera desde 1992 que las ventas en las calles fueran legalizadas (Chinchilla y otros 1993: 72). Al igual que la ampliación de los objetivos políticos de CARECEN, la existencia de la *Association of Street Vendors* refleja un nuevo eje de trabajo: el mejoramiento duradero del marco de condiciones en la sociedad receptora, hacia el cual se orientan las más recientes organizaciones propias de los centroamericanos.

2.7. Transnacionalización del espacio social: El Salvador-EE.UU.

El concepto "espacio social transnacionalizado" no se refiere únicamente a los vínculos o "puentes" entre las sociedades de procedencia y de recepción, intensificados a raíz de la expansión cuantitativa de la migración de refugiados y trabajadores, sino que designa al nuevo espacio social que se construye sobre ellos, y que llega a constituir un nuevo marco de referencia económico, político y cultural en las actividades cotidianas de los migrantes (Glick Schiller y otros 1992).

La hipótesis de la transnacionalización se estableció entre los investigadores de las migraciones desde aproximadamente los comienzos de los años 90, y llevó a una focalización muy acentuada de las *communities*. Fue el resultado de reconocer que las nuevas corrientes migratorias presentaban modelos de migración cualitativamente diferentes. El estudio de los movimientos migratorios únicos y unidireccionales se mostró cada vez más insuficiente para explicar el acrecentado desplazamiento pendular de los migrantes.

Los espacios sociales transnacionales no son fenómenos de transición, sino que se les debe considerar como configuraciones sociales relativamente permanentes. Las redes de solidaridad mencionadas más arriba, se pueden considerar como componentes de esos nuevos espacios sociales. De ese concepto se sigue que en la investigación de la migración laboral internacional, ya no se pueden indagar únicamente las condiciones causantes y directoras en las sociedades de procedencia y de recepción, sino que además se deben tener en cuenta los procesos y cambios de las actividades económicas y sociales, las instituciones sociales, los ritos culturales y las modificaciones de las identidades (Pries 1996).

Uno de los impulsores principales de la transnacionalización del modo de vida de los centroamericanos radicados en los Estados Unidos, que de manera simultánea es uno de los pilares más importantes en el proceso de consolidación de la comunidad de inmigrantes, es la economía de enclave. Ante todo ofrece -y esa es con seguridad su función más importante- puestos de trabajo. Pero además, mediante la oferta de mercancías y la prestación de servicios cortados a la medida de los consumidores centroamericanos, refuerza en los barrios habitados por ellos el "elemento étnico" (Chinchilla y otros 1993). Han surgido incontables pequeños negocios, mercados y restaurantes que no sólo satisfacen las necesidades de consumo de los centroamericanos inmigrados, sino que lo realizan de un modo que les inspira confianza y en un idioma que les es familiar. En Westlake o también "Pequeña-Centroamérica" los 'transmigrantes' no tienen por qué renunciar a los placeres culinarios, las artesanías u otros productos manufacturados, ni a las melodías favoritas de sus países de origen, siempre y cuando puedan costeárselos (Martínez/Rivera 1988). Pero la economía de enclave también promueve la "etnización" de los barrios de manera indirecta, p.e. apoyando grupos culturales o asociaciones deportivas. Al mismo tiempo crea elementos que ligan a los inmigrantes con la sociedad receptora, p.e. la prestación de servicios altamente especializados y bilingües de notarios, empresas aseguradoras o asesores fiscales (Chinchilla y otros 1993: 55).

La gente que vive en los espacios sociales transnacionales superan de un modo muy peculiar las fronteras impuestas por el régimen del Estado nacional. Uno de los supuestos básicos para el incremento de la migración autónoma fue el desarrollo revolucionario de los transportes y la telecomunicación (Rodríguez 1996). Gracias a las mejores posibilidades de transporte la distancia entre los Estados centroamericanos y los EE.UU. se ha reducido sensiblemente. Además, la telecomunicación permite que, sin dilación de tiempo, los emigrados se mantengan informados acerca de los sucesos y procesos acaecidos en las sociedades de donde proceden. Las cartas cruzadas entre los migrantes centroamericanos y mexicanos con sus familiares, dan testimonio claro de lo anterior (Siems 1992).

La capacidad de mayor movilidad ha cambiado el antiguo patrón de migración. Para los centroamericanos en la actualidad emigrar a los Estados Unidos ya no significa dejar de una vez por todas su país de origen. Muchos de los centroamericanos que han podido estabilizar su situación en los EE.UU., no sólo mantienen contacto con sus amigos y familiares por teléfono, sino que regresan a sus lugares de procedencia con motivo de ciertas celebraciones, tales como bodas, funerales, las fiestas patronales del pueblo natal, navidades, etc. No importa que en el ínterin ya hayan residido por bastante tiempo en los EE.UU. (Hamilton/Chinchilla 1996). Con base en ese 'turismo de festividades' han surgido varias agencias de viaje centroamericanas, que representan un símbolo del proceso de transnacionalización, ya que organizan el paso de la frontera entre una forma de vida y la otra.

De esas visitas y el continuo contacto entre las comunidades de proveniencia y los nuevos lugares escogidos en la sociedad de recepción, se han desarrollado las llamadas *hometown-associations*. Se trata de asociaciones transnacionales dedicadas a promover el desarrollo en las correspondientes comunidades de origen en El Salvador. He aquí dos ejemplos:

1. La organización no-gubernamental ASIC (Asociación de Sanisidrenses Residentes en California), que mientras tanto ya ha sido reconocida oficialmente en California como tal, fue fundada en 1992 por migrantes salvadoreños residentes en Los Angeles y sus alrededores. La ASIC funge como una especie de asociación

del pueblo natal, e intenta reunir a los migrantes de San Isidro (departamento de Cabañas), que viven en Los Angeles, por medio de la organización de fiestas (turnos) y excursiones. Con el dinero reunido en los actos u obtenido de otras fuentes, se financian pequeños proyectos de desarrollo en San Isidro. P.e. hasta el momento se ha instalado una biblioteca en el lugar, se han financiado las fiestas patronales y se han comprado regalos de navidad para los niños (García 1996).

2. Otro ejemplo semejante lo proporcionan las organizaciones de migrantes provenientes de Santa Elena (Usulután), surgidas en los EE.UU. Fundadas por algunos comerciantes salvadoreños y otros migrantes relativamente bien establecidos, que durante el primer viaje de regreso a su patria después de los acuerdos de paz, reconocieron la urgente necesidad de hacer algo por su pueblo natal, estas organizaciones han logrado instalar un campo de juegos y deporte, y han hecho donativos para el mejoramiento de los servicios de salud y la educación (Hamilton/Chinchilla 1996: 216).

La transnacionalización del espacio social también produce un cambio en la identidad nacional de los migrantes centroamericanos, poniendo al descubierto la vivencia de una dualidad existencial. A la pregunta sobre el concepto que tenían de sí mismos, casi una tercera parte de los encuestados (32 por ciento) admitió sentirse tanto guatemalteco o salvadoreño, como ciudadano de los EE.UU. La mayoría ha conservado hasta el momento la identidad con su nación de origen, mientras que sólo un 4 por ciento se consideran a sí mismos más como ciudadanos de los Estados Unidos (Chinchilla/Hamilton 1997: 8).

Pero también en El Salvador se pueden apreciar fenómenos de transnacionalización en la modificación de las pautas de conducta y el cambio de valores. El concepto 'imperialismo cultural' utilizado por García (1996: 16) para denunciar en lo esencial la interiorización masiva del pensamiento y la conducta consumista norteamericana, reduce el multifacético proceso de cambio social al enfocarlo con una perspectiva teórica conspirativa. Las modificaciones implican conductas individuales y estructuras sociales, que no son el producto de la simple adopción de la forma de vida norteamericana. Más bien constituyen una especie de sincretismo de la cultura cotidiana de las comunidades de procedencia, anterior a la migración, y las experiencias en todo caso ya "híbridas" de los migrantes. Estos experimentan, tanto con base en su éxito material como debido a sus pautas de conducta "modernas", una revalorización de su posición social.

Para los migrantes su ascenso social en la comunidad de origen también representa una compensación por las humillaciones que les deparó su vida como "*underdogs*" en los EE.UU. (Pries 1996). La apropiación que los no-migrantes hacen de los símbolos culturales y las pautas de conducta modificadas, se puede interpretar como una estrategia de sobrevivencia específica, en la que la superación de la situación de pobreza se connota de manera inseparable con las pautas de conducta modernizadas (Guidi 1993).

Pero si bien la mezcla de los diversos estilos de vida se debe considerar como un proceso complejo, debemos destacar que al menos las modificaciones observables en las pautas de consumo de los salvadoreños, son una expresión del predominio cultural de la '*American way of life*'. La concurrencia de clientes a los restaurantes de *Fast-Food*, la preferencia por la ropa de "marca americana", el uso doméstico de aparatos electrónicos, dejan poco espacio para la formación de un estilo de vida híbrido.

Junto a las visitas de los propios migrantes o el retorno definitivo a sus comunidades de origen, las remesas de dinero son la sustancia material de la transnacionalización en El Salvador. Constituyen una transferencia de recursos de un Estado nacional a otro. El ingreso que se obtiene trabajando a un lado de la frontera, sirve para mejorar la reproducción social al otro lado de la misma. El espacio de producción y reproducción relativamente unitario en "casos normales", se divide y se extiende más allá de las fronteras de los Estados nacionales (Bailey/Hane 1995). Debido a que las remesas constituyen en promedio el 45 por ciento de los ingresos familiares y hasta un 139 por ciento del ingreso del cabeza de familia (García 1994: 302), significan un incremento considerable del poder adquisitivo y desembocan en un estilo de consumo que permite, al lado de una mejoría en el abastecimiento de bienes básicos, la compra de algunos bienes de lujo y consumo importados. De tal manera se financian con ese dinero aparatos electrodomésticos y la construcción de casas nuevas más grandes. La revalorización del prestigio de esos bienes lleva incluso a ciertas pautas de consumo grotescas y disfuncionales, que ilustran los casos siguientes. La compra de una lavadora (máquina) por parte de moradores de un caserío que no dispone todavía ni de agua corriente ni de electricidad. O la preferencia exagerada por mercancías importadas, de una familia que importaban sus artículos higiénicos así como sus bebidas refrescantes de los EE.UU. (García 1994; García 1996: 23). Y aunque estos ejemplos sólo tengan carácter anecdótico y por tanto no se puedan considerar como representativos, apuntan claramente la tendencia que sigue el cambio de las pautas de consumo.

Pero como es natural las remesas no sólo sirven para adquirir bienes de consumo de lujo y superfluos, sino que ante todo se usan para mejorar la satisfacción de las necesidades básicas. Por tanto contribuyen de manera fundamental a elevar el nivel de vida de una porción grande de la población salvadoreña (García 1996: 22). En un estudio de la CEPAL del año 1990 se asegura que el 82 por ciento de los receptores de remesas familiares, las usan ante todo para comprar alimentos. A iguales resultados llegó una encuesta domiciliaria del Ministerio de Planificación en 1994: el 74 por ciento del total de las remesas se gastaba en la adquisición de alimentos, zapatos y ropa (citado según Siri 1996). La dilapidación de las remesas en la compra de aparatos eléctricos, muebles, etc., tantas veces denunciada, parece ser una simplificación de la realidad, ya que una parte de las mismas se invierte en mejoras a la vivienda o en la educación de los niños. Tanto la una como la otra se pueden considerar como inversiones destinadas a mejorar la productividad, ya que al mejorar la vivienda se mejoran las posibilidades de descanso, y a través de los gastos en el campo de la educación se eleva el capital humano de los niños. La frontera entre el consumo y la inversión es fluida (Autler 1997).

Ahora bien, a pesar de que las transferencias de dinero pueden contribuir a reducir un tanto la pobreza, también es predecible que pueden provocar una nueva polarización en la estructura social salvadoreña. A saber: entre aquellos que o bien han emigrado o bien reciben ayuda de familiares emigrados, y aquellos otros que no pertenecen a los grupos que reciben remesas del exterior (Hamilton/Chinchilla 1996: 215). Este proceso puede ser reforzado por la inflación avivada, debido al crecimiento de la masa monetaria (García 1996: 25/26).

Los efectos de las remesas en la estructura social son ambivalentes. Si bien en San Isidro se puede constatar el surgimiento de una "capa media" (García 1996: 14/31), la tendencia general a la nivelación se ve contrabalanceada por el hecho de que la magnitud de las remesas depende del origen social de los migrantes (Montes 1990:69).

Por eso sobre el desarrollo a mediano y largo plazo de la estructura social salvadoreña, condicionada por la migración,

hasta la fecha sólo se puede especular. No obstante ya se pueden señalar ejemplos de cambios en la jerarquía social de algunas localidades. Antes de la guerra San Isidro estaba dominada por cuatro familias terratenientes influyentes y adineradas. Al estallar la guerra una de esas familias se desplazó a la capital, y la mayor parte de las otras tres se fueron a los Estados Unidos. El vacío de poder que así surgió fue rápidamente llenado por la "élite funcional" necesaria para organizar el espacio de vida transnacional. A ella pertenecen, entre otros, el propietario del único servicio de kurier en San Isidro, que en lo esencial es el responsable del correo, y además maneja una agencia de cambio; "La Viajera", cuyas hijas emigradas a los EE.UU. le financian periódicamente un vuelo a ese país, que ella aprovecha para fungir como kurier de cartas, dinero y regalos; y no en último término el empleado local de ANTEL, responsable de mantener funcionando las comunicaciones internacionales. El prestigio social de estas personas es inmenso. Gracias a la confianza que ganó entre la población, el propietario del servicio de kurier fue tres veces consecutivas alcalde de la comunidad (García 1996).

También las estructuras familiares han sufrido cambios a causa de la emigración de los salvadoreños en edad de trabajo.

Debido a que son pocas las familias enteras que participan en la migración (García 1994: 304), el espacio vital de la familia en sentido amplio, y con frecuencia incluso el del núcleo familiar, se transnacionaliza, lo que a menudo conduce a una ruptura irreversible. La migración de miembros individuales de la pareja paterna lleva muchas veces a que se contraigan nuevos vínculos. Las mujeres migrantes, con el 38.4 por ciento, muestran mayor inclinación a fundar nuevas familias que los hombres, con "solo" el 23.5 por ciento. Una causa es la observación de relaciones sexuales de distinto tipo. Muchas migrantes viven durante su permanencia en los EE.UU. una libertad e independencia con frecuencia insospechada, a la que después no quieren renunciar. Pero las tendencias emancipativas no sólo aparecen entre las mujeres. Entre los migrantes en su totalidad se puede apreciar tanto una actitud menos sumisa ante las autoridades, por ejemplo, ante los policías, los ciudadanos respetables, etc., cuanto una mayor apertura para abordar temas tabú como la homosexualidad y el aborto (Montes 1990: capítulo 5; Hamilton/Chinchilla 1996: 214).

El cambio sociocultural en El Salvador se puede describir, con palabras de García, como una completa "secularización de la vida cotidiana" (García 1996: 33). Lo anterior es válido, p.e., para la organización de las tradicionales fiestas de la comunidad, que se convierten cada vez más en meras oportunidades para que las familias se reúnan, y pierden cada vez más su función de promover la cohesión social dentro del poblado. La preparación y organización de las fiestas patronales también se ha desplazado al nivel transnacional: tradicionalmente eran planificadas por los vecinos más prominentes agrupados en la cofradía. En la actualidad la fiesta del santo patrono de San Isidro se financia predominantemente por las remesas y donaciones de la asociación sanisidrense en Los Angeles (ASIC). Con el financiamiento la ASIC también ha asumido la planificación de las fiestas, de manera que la cofradía ha perdido su importancia (García 1996).

La secularización también se puede observar en relación con la religiosidad. Muchos declaran ser todavía católicos, pero admiten que ya no practican sus creencias. A finales de los años 80 se comprobó esa tendencia a escala nacional: en una encuesta realizada en octubre de 1988 se estableció que sólo el 33.5 por ciento de la población salvadoreña practicaban sus creencias católicas (Martín-Baró 1989: 30). La religiosidad es un componente cada vez menos elemental de la vida cotidiana, y desarrolla su función de "masilla" de la comunidad únicamente en ciertos días de fiestas tradicionales, como las fiestas patronales o la época de navidad (García 1996: 33).

Por supuesto que los ejemplos de cambio social que aquí hemos presentado bajo el concepto de 'transnacionalización', no pueden considerarse representativos y por tanto tienen ante todo un carácter exploratorio. Las dimensiones socioculturales y socioestructurales de las modificaciones inducidas por la migración, que está sufriendo la sociedad salvadoreña, se deben continuar investigando, para poder valorar con más exactitud las consecuencias de esa migración. No obstante una cosa ya parece evidente: la fusión e interdependencia dentro de un espacio social transnacionalizado han sido necesarias para que la migración laboral salvadoreña hacia los EE.UU. se haya dado y se continúe dando.

Resumen

El estudio de la emigración salvadoreña hacia los Estados Unidos dentro del marco del llamado enfoque estructural, posibilita un cambio de perspectiva o cuando menos una ampliación de la perspectiva en las investigaciones dedicadas a la migración. La incorporación de factores adicionales, ante todo factores internacionales y transnacionales, permite un análisis más exacto de las causas de la migración. Se pudo mostrar que la migración masiva de los años 80 no fue un resultado exclusivo del conflicto armado, de manera que se pudiera explicar con las categorías simplistas de la migración de refugiados. Con la descripción de la 'dinámica de liberación' propia de la economía salvadoreña, más bien se trató de facilitar la comprensión del hecho siguiente: la elevada desocupación y pobreza no constituyen características naturales de la sociedad salvadoreña, sino creaciones de la economía orientada a la exportación. La polarización creciente de la sociedad salvadoreña llevó a la militarización del conflicto político. La guerra entre el gobierno/las fuerzas armadas y la guerrilla produjo una especie de subida traumática de la disposición a emigrar de una parte grande de la población de El Salvador. Todos los estudios sobre el éxodo salvadoreño, que comienzan con el conflicto armado, se quedan cortos en la explicación.

Pero el enfoque estructural no sólo arroja nueva luz sobre las condiciones de movilización en El Salvador. También se le pone más atención a los EE.UU. como país receptor o meta de la migración. La aparente paradoja de la demanda permanente de fuerza de trabajo y la situación de desempleo permanente en los EE.UU. se pudo resolver, por medio de un análisis del mercado de trabajo norteamericano. Precisamente en los EE.UU. la reestructuración económica ha creado una demanda creciente de sectores de salarios inferiores, que no puede ser satisfecha por la población estadounidense. En los puestos peor pagados que además no ofrecen seguridad de trabajo, se encuentran con mucha frecuencia inmigrantes, los cuales debido a su situación ilegal están dispuestos a no exigir las condiciones mínimas que les garantiza el derecho laboral. La elevada proporción de migrantes salvadoreños irregulares, calculada todavía en un 60 por ciento, y la estructura segregada del mercado de trabajo en los EE.UU., obliga a que los salvadoreños desempeñen el papel de una "capa baja funcional", que facilita la continuación de la reestructuración económica. Al igual que inmigrantes de otras nacionalidades, se concentran precisamente en aquellos lugares en donde se ofrece una cantidad grande de los puestos de trabajo creados por la reestructuración: en las *global cities*.

La política de refugiados e inmigrantes de los EE.UU., a pesar de ser desfavorable para los salvadoreños, no ha podido evitar que más de un millón de migrantes de El Salvador llegara en los años 80 y 90 a territorio estadounidense. Las políticas de inmigración restrictivas no pueden poner un dique a la inmigración, mayormente por el hecho de que ésta es dirigida por recursos autónomos, como las redes de solidaridad social. No obstante, en esa 'batalla por la frontera' los migrantes, a pesar de vencer, siempre pierden, ya que debido a su permanencia ilegal se debilita aún más su posición negociadora en el mercado de trabajo.

El flujo migratorio de salvadoreños hacia los Estados Unidos continúa su marcha, no sólo porque sigue existiendo una demanda de fuerza de trabajo salvadoreña en los EE.UU., sino porque el proceso migratorio como tal ha desarrollado una dinámica propia. Tanto la existencia y el crecimiento de las redes de solidaridad entre los migrantes, como la transnacionalización del espacio social, contribuyen a que el proceso migratorio se perpetúe.

Bibliografía

- AID - AGENCY FOR INTERNATIONAL DEVELOPMENT (1988):** El Salvador. Income, Employment, and Social Indicators Changes over the Decade 1975-1985. Washington, D.C.
- AGUAYO, Sergio (1985):** El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto. México, D.F.
- AGUILAR ZINSER, Adolfo (1991):** Refugee Repatriation in Central America. Lessons from three Case Studies, en: Larkin, Mary Ann/Frederick C. Cuny/Barry N. Stein (eds.): Repatriation under Conflict in Central America. (CIPRA, Georgetown University) Washington: 187-212.
- ALTENBURG, Tilman (1993):** Strukturanpassung im Industriesektor. Neue, exportgetriebene Dynamik oder Deindustrialisierung? en: Petra Bendel (edit.): Zentralamerika. Frieden, Demokratie, Entwicklung? Frankfurt/Main: 233-253.

- ALTVATER, Elmar/Birgit MAHNKOPF (1997):** Grenzen der Globalisierung. Ökonomie, Ökologie und Politik in der Weltgesellschaft. Münster.
- AUTLER, Lilian (1997):** Una potencial alianza para el desarrollo. Remesas y movimiento cooperativo en el Salvador, en: FUNDE (Fundación Nacional para el Desarrollo) (edit.): Migración y desarrollo. Tomo I, San Salvador: 95 - 147
- BAILEY, Adrian J./Joshua G. HANE (1995):** Population in Motion. Salvadorean Refugees and Circulation Migration, en: Bulletin of Latin American Research, año 14, Oxford: 171-200.
- BÖS, Mathias (1997):** Migration als Problem offener Gesellschaften. Globalisierung und sozialer Wandel in Westeuropa und Nordamerika. Opladen.
- BOYD, Monica (1989):** Family and Personal Networks in International Migration. Recent Developments and New Agendas, en: International Migration Review, vol. 23 (3): 638-670.
- BROWNING, David (1971):** El Salvador. Landscape and Society. Oxford.
- BUREAU OF THE CENSUS (1993):** 1990 Census of Population. Persons of Hispanic Origin in the United States. U.S. Department of Commerce. Washington, D.C. (microficha)
- CENTRAL AMERICAN REFUGEE COMMITTEE (Hg.) (1982):** The Refugee, vol. 1, núm. 1; 3. Los Angeles.
- CHINCHILLA, Norma/Nora HAMILTON/James LOUCKY (1993):** Central Americans in Los Angeles. An Immigrant Community in Transition, en: Joan Moore/Raquel Pinderhughes (edits.): In the Barrios. Latinos and the Underclass Debate. Nueva York: 51-78.
- CHINCHILLA, Norma/Nora HAMILTON (1997):** Ambiguous Identities. Central Americans in Southern California. Working Paper No. 14. Chicano/Latino Research Center. University of California at Santa Cruz.
- CHURGIN, Michael J. (1996):** Mass Exoduses. The Response of the United States, en: International Migration Review, vol. 30 (1): 310-324.
- CORDOBA, Carlos (1992):** Organizing in Central American Immigrant Communities in the United States, en: Félix G. Rivera/John L. Erlich (edits.): Community Organizing in a Diverse Society. Boston, Londres y otros: 181-200.
- CORONA Vázquez, Rodolfo (1993):** La migración de mexicanos a los Estados Unidos. Cambios en la década de 1980-1990, en: Revista Mexicana de Sociología, año. 55, cuaderno 1: 213-233.
- DALY HEYCK, Denis Lynn (1994):** Barrios and Borderlands. Cultures of Latinos and Latinas in the United States. Nueva York/Londres.
- DIAZ-BRIQUETS, S./S. WEINTRAUB/A.P. MAINGOT (edits.)(1991):** Series on Development and International Migration in Mexico, Central America, and the Caribbean Basin. (Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development). vols. 1; 6.
- DUNKERLEY, James (1986):** Der lange Krieg. Diktatur und Revolution in El Salvador. Frankfurt/Main.
- ECA - ESTUDIOS CENTROAMERICANOS (1997),** núm. 583, Editorial. La visión neoliberal fuera del alcance de El Salvador: 365-381.
- EGUIZABAL, Cristina (1993):** Die Beziehungen zwischen USA und Zentralamerika im Wandel der Weltpolitik, en: Petra Bendel (edit.): Zentralamerika. Frieden, Demokratie, Entwicklung? Frankfurt/Main: 169-183.
- EUCHNER, María Cristina (1996):** Die neue Wirtschaftspolitik in El Salvador seit 1989. Eine ökonomische Analyse der ARENA-Regierung. Dissertation der Universität St. Gallen. Bamberg.
- FAWCETT, James T. (1989):** Networks, Linkages, and Migration Systems, en: International Migration Review, vol. 23 (3): 671-680.
- FRANKE, Dirk (1996):** Polarisierung der Einkommensverteilung und gesellschaftliche Transformation. Die Vereinigten Staaten von Amerika in den achtziger Jahren. Frankfurt/Main y otros.
- FRITSCH, Eduard (1992):** Smarte "Enklaven-Spezialisten", en: Informationsstelle Lateinamerika (ila), núm. 154: 30-32.
- FRÖBEL, Folker/Jürgen HEINRICHS/Otto KREYE (1977):** Die neue internationale Arbeitsteilung. Strukturelle Arbeitslosigkeit in den Industrieländern und die Industrialisierung der Entwicklungsländer. Hamburgo.
- GARCIA, Juan José? (1994):** El impacto de las remesas en la estructura comunal y familiar. Un estudio de casos, en: Konrad-Adenauer-Stiftung (edit.): Cultura y desarrollo en El Salvador. San Salvador, El Salv.: 292-321.
- GARCIA, Juan José (1996):** Remesas y relaciones sociales locales. El caso de San Isidro. San Salvador, FLACSO Programa El Salvador.

- GLICK SCHILLER, Nina/Linda BASCH/Cristina BLANC-SZANTON (edits.) (1992):** Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered. Nueva York.
- GRANDOLINI, Gloria (1996):** El Salvador. Meeting the Challenge of Globalization. A World Bank Country Study. Washington, D.C.
- GUIDI, Marta (1993):** Migration als Überlebensstrategie? Migration und soziale Identität am Beispiel einer indianischen Gemeinschaft in Oaxaca, Mexiko, en: Peripherie, núm. 49: 51-67.
- HAMILTON, Nora/Norma Stoltz CHINCHILLA (1991):** Central American Migration. A Framework for Analysis, en: Latin American Research Review, vol. 26, núm. 1: 75-110
- HAMILTON, Nora/Norma Stoltz CHINCHILLA (1996):** Global Economic Restructuring and International Migration. Some Observations based on the Mexican and Central American Experience, en: International Migration, vol. 34 (2): 195-227.
- HARRISON, Bennett/Barry BLUESTONE (1988):** The Great U-Turn. Nueva York.
- HENTON, Douglas C./Steven A. WALDHORN (1988):** California, en: R. Scott Fosler (edit.): The New Economic Role of American States. Strategies in a Competitive World Economy. Nueva York, Oxford: 201-247.
- HIRSCH, Joachim/Roland ROTH (1986):** Das neue Gesicht des Kapitalismus. Vom Fordismus zum Post-Fordismus. Hamburgo.
- HULSHOF, Marije (1991):** Zapotec Moves. Networks and Remittances of U.S.-bound Migrants from Oaxaca, México. Amsterdam.
- INFORPRESS CENTROAMERICANA del 9.1.1997** (p. 8/9), 18.1.1996,
- INS - U.S. IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE (edit.) (1996):** Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1994. U.S. Government Printing Office. Washington, D.C. (microficha)
- JONAS, Susanne (1996a):** Cross-Border Realities, State Immigration Policies, and Citizenship in the Americas. The Case of Central American Immigrants and Refugees in the U.S. and Mexico. Working Paper No. 10. Chicano/Latino Research Center. University of California, Santa Cruz.
- JONAS, Susanne (1996b):** Rethinking Immigration Policy and Citizenship in the Americas. A Regional Framework, en: Social Justice, vol. 23, núm. 3: 68-85.
- JONAS, Susanne (s.a.):** Transnational Realities and the Anti-Immigrant State Policies. Issues Raised by the Experiences of Central American Immigrants and Refugees in a Trinational Region. Working Paper No. 7. Chicano/Latino Research Center. University of California, Santa Cruz.
- JONES, Richard C. (1989):** Causes of Salvadoran Migration to the United States, en: Geographical Review, vol. 79: 183-194.
- KRÄMER, Michael (1995):** El Salvador. Vom Krieg zum Frieden niedriger Intensität. Colonia.
- KRÄMER, Michael (1996):** El Salvador. Frieden als lästige Pflicht, en: Karin Gabbert y otros (edits.): Offene Rechnungen. Lateinamerika, Analysen und Berichte 20. Bad Honnef: 172-180.
- KRENNERICH, Michael/Franz NUSCHELER (1992):** El Salvador, en: Dieter Nohlen/Franz Nuscheler (edits.): Handbuch der Dritten Welt, tomo 3: Mittelamerika und Karibik. Bonn: 85-116.
- LIPSKI, John M. (1986):** Central American Spanish in the United States. Some Remarks on the Salvadoran Community, en: Aztlán. A Journal of Chicano Studies, vol. 17 (2): 91-123.
- LOESCHER, Gil/John A. SCANLAN (1986):** Calculated Kindness. Refugees and America's Half-Open Door - 1945 to the Present. Nueva York.
- LOPEZ, Roberto José/Mitchell A. SELIGSON (1991):** Small Business Development in El Salvador. The Impact of Remittances, en: Díaz-Briquets/Weintraub (edits.): Migration, Remittances and Small Business Development. Mexico and the Caribbean Basin Countries. Boulder, Colorado: 175-206.
- LUNGO, Mario (1998):** El Salvador, un país que se urbaniza, en: Proceso, núm. 812, junio 1998 (edic. Internet)
- MARTIN, Philip L. (1993):** Trade and Migration. NAFTA and Agriculture. Washington, D.C.: Institute for International Economics.
- MARTIN, Philip L. (1995):** The United States - Benign Neglect toward Migration, en: F. Heckmann/W. Bosswick (edits.): Migration Policies. A Comparative Perspective. Stuttgart: 21-44.
- MARTIN-BARO, Ignacio (edit.) (1989):** La opinión pública salvadoreña (1987 - 1988). Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). San Salvador, El Salv.
- MARTINEZ, Ruben/Francisco RIVERA (1988):** Visions of Macondo, en: L.A. Weekly, 13-19 mayo 1988.

- MELHADO, Oscar Edgardo (1997):** El Salvador. Retos económicos de fin de siglo. San Salvador, El Salv.
- MENJIVAR, Cecilia (1993):** History, Economy and Politics. Macro and Microlevel Factors in Recent Salvadorean Migration to the U.S., en: Journal of Refugee Studies, Oxford, 1993 (6): 351-371.
- MENJIVAR, Cecilia (1994):** Salvadorian Migration to the United States in the 1980s. What Can We Learn About It and From It? en: International Migration, vol. 32 (3): 371-402.
- MONTES, Segundo (1985):** Desplazados y refugiados. San Salvador, El Salv.
- MONTES, Segundo (1987):** Salvadoreños refugiados en los Estados Unidos. San Salvador, El Salv.
- MONTES, Segundo (1990):** Las remesas que envían los salvadoreños de Estados Unidos. Consecuencias sociales y económicas. Colección Estructuras y Procesos, Serie Mayor, vol. 8, San Salvador, El Salv.
- MULLER, Thomas (1992):** The Demand for Hispanic Workers in Urban Areas of the United States, en: Jorge A. Bustamante y otros (eds.): U.S.-Mexico Relations. Labor Market Interdependence. Stanford, California: 353 - 371.
- NARR, Wolf-Dieter/Alexander SCHUBERT (1994):** Weltökonomie. Die Misere der Politik. Frankfurt/Main.
- NUSCHELER, Franz (1995):** Internationale Migration. Flucht und Asyl. Opladen.
- PAPADEMETRIOU, Demetrios (1996):** Einwanderung und Einwanderungspolitik, en: Herbert Dittgen/Michael Minkenberg (eds.): Das amerikanische Dilemma. Die Vereinigten Staaten nach dem Ende des Ost-West-Konfliktes. Paderborn, München y otros: 351-376
- PARNREITER, Christof (1994):** Migration und Arbeitsteilung. AusländerInnenbeschäftigung in der Weltwirtschaftskrise. Viena.
- POTTS, Lydia (1988):** Weltmarkt für Arbeitskraft. Von der Kolonisation Amerikas bis zu den Migrationen der Gegenwart. Hamburgo.
- PRIES, Ludger (1996):** Transnationale Soziale Räume. Theoretisch-empirische Skizze am Beispiel der Arbeitswanderungen Mexico - USA, en: Zeitschrift für Soziologie, año 25, cuaderno 6, diciembre 1996: 456-472.
- REICH, Robert B. (1993):** Die neue Weltwirtschaft. Das Ende der nationalen Ökonomie. Frankfurt/Main, Berlín.
- RIFKIN, Jeremy (1996):** Das Ende der Arbeit und ihre Zukunft. Frankfurt/Main, Nueva York.
- RODRIGUEZ, Néstor P. (1987):** Undocumented Central Americans in Houston. Diverse Populations, en: International Migration Review, vol. 21, núm. 1: 4-26.
- RODRIGUEZ, Néstor P. (1996):** The Battle for the Border. Notes on Autonomous Migration, Transnational Communities, and the State, en: Social Justice, vol. 23, núm. 3: 21-37.
- ROMANO, Luis E. (1997):** Los indicadores económicos del tercer trimestre 1997, en: Estudios Centroamericanos (ECA), núm. 583: 427-431.
- SALAZAR CANDEL, Roberto (1995):** El Salvador. Industrial Policy, Business Attitudes and Future Prospects, en: Cepal Review. vol. 55: 171-189.
- SALT, John (1992):** The Future of International Labor Migration, en: International Migration Review, vol. 26 (4): 1077-1111.
- SANTAMARIA, Ricardo (1995):** El problema agrario y los acuerdos de paz. Un estado permanente de incumplimiento y conflictos, en: Estudios Centroamericanos (ECA), mayo, junio 1995. San Salvador, El Salv.: 505-517.
- SASSEN, Saskia (1988a):** The Mobility of Labor and Capital. A Study in International Investment and Labor Flow. Cambridge, Nueva York y otros.
- SASSEN, Saskia (1988b):** The New Labour Demand. Conditions for the Absorption of Immigrant Workers in the United States, en: C. W. Stahl (edit.): International Migration Today, tomo 2. UNESCO, París: 81-105.
- SASSEN, Saskia (1991):** Die Mobilität von Arbeit und Kapital. USA und Japan, en: PROKLA, cuaderno 83: 222-248.
- SASSEN, Saskia (1996):** Metropolen des Weltmarkts. Die neue Rolle der Global Cities. Frankfurt/Main, Nueva York.
- SENGHAAS, Dieter (1974):** Elemente einer Theorie des peripheren Kapitalismus, en: el mismo (edit.): Peripherer Kapitalismus. Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung. Frankfurt/Main: 7-36.
- SERNAU, Scott (1994):** Economies of Exclusion. Underclass Poverty and Labor Market Change in Mexico. Westport, CT.
- SIEMS, Larry (edit.) (1992):** Between the Lines. Letters between Undocumented Mexican and Central American Immigrants and their Families and Friends. Hopewell, New Jersey.

- SIRI, Gabriel/Vilma de Calderón (1996):** Uso productivo de las remesas familiares en El Salvador. Documento de Trabajo, núm. 42 (FUSADES). San Salvador, El Salv.
- SOLLIS, Peter (1992):** Displaced Persons and Human Rights. The Crisis in El Salvador, en: Bulletin of Latin American Research, Oxford, vol. 11, núm.1: 49-67.
- STANLEY, William Deane (1987):** Economic Migrants or Refugees from Violence? A Time-Series Analysis of Salvadoran Migration to the United States, en: Latin American Research Review, vol. 22, núm. 1: 132-154.
- STATISTISCHES BUNDESAMT (edit.) (1995):** Länderbericht El Salvador. Stuttgart.
- TREIBEL, Annette (1990):** Migration in modernen Gesellschaften. Soziale Folgen von Einwanderung und Gastarbeit. Weinheim, Munich.
- WALLACE, Steven P. (1987):** Central American and Mexican Immigrant Characteristics and Economic Incorporation in California, en: International Migration Review, vol. 20, núm. 3: 657-671.
- WEISS FAGEN, Patricia (1988):** Central American Refugees and U.S. Policy, en: Nora Hamilton y otros (edits.): Crisis in Central America. Regional Dynamics and U.S Policy in the 1980s. Boulder, Col.: 59-76.
- WEISS FAGEN, Patricia/Joseph T. ELDRIDGE (1991):** El Salvador. Mobilized and Poor. Salvadoran Repatriation from Honduras, en: Mary Ann Larkin/Frederick C. Cuny/ Barry N. Stein (edits.): Repatriation under Conflict in Central America. Georgetown University, Washington: 117-186.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1986):** Das moderne Weltssystem. Kapitalistische Landwirtschaft u. d. Entstehung d. europäischen Weltwirtschaft im 16. Jh. Frankfurt/Main.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1984):** Der historische Kapitalismus. Berlín 1984.
- WOODWARD, Ralph Lee (1985):** Central America. A Nation Divided. New York, Oxford.
- ZOLBERG, Aristide R. (1981):** International Migrations in Political Perspective, en: Kritz, Mary M. y otros (edits.): Global Trends in Migration. Theory and Research on International Population Movements. Nueva York, p. 3-27.
- ZUVEKAS, Clarence Jr. (1993):** Economic Crisis and Recovery in El Salvador, 1978-1992. Staff Working Papers, No. 8. Bureau for Latin America and the Caribbean. U.S. Agency for International Development. Washington, D.C.

Tageszeitungen:

- EL DIARIO DE HOY del 9.12.1996** (edic. Internet): "Al Gore promete no habrá deportaciones masivas."
- LA JORNADA del 1.4.1997** (edic. Internet): "En 45 días, 19 migrantes muertos en California; en todo 96 fueron 38." Por Rosa Elvira Vargas.
- LA PRENSA GRAFICA del 2.4.1997** (edic. Internet): "Nueva ley sobre inmigración."
- LA PRENSA GRAFICA del 9.4.1997:** "Ley migratoria en los Estados Unidos y nuestra política exterior." Por Carmen María Gallardo de Hernández.
- SÜDDEUTSCHE ZEITUNG (SZ) del 3.4.1997:** "Neues Gesetz beunruhigt illegale Einwanderer."